

EL ÚLTIMO ROSTRO,
¿RELATO O RETRATO DEL LIBERTADOR?

A la memoria de
don RAMÓN DE ZUBIRÍA,
gran amigo y mi inolvidable maestro
en el conocimiento de la cultura de Colombia y de Bolívar

0. AVANT-PROPOS

La literatura, a través de las generaciones, acompaña al hombre en sus búsquedas ideológicas y políticas. En el siglo xx esta tendencia se intensificó, y en las letras colombianas pocas veces logró un nivel tan llamativo como en *El último rostro*, de Álvaro Mutis. La adecuación formal de los contenidos a la complejidad estructural, tanto en la poesía cuanto en la narrativa, son los aspectos cautivadores de la creación de este escritor colombiano de reconocimiento internacional. Toda su obra parece insistir en la idea de que el pasado está tangible en la actualidad, aunque el hombre huya de sus recuerdos y su experiencia. Los lazos entre estas dos manifestaciones del tiempo se multiplican, se intensifican o se reducen, pero siempre establecen unos planteamientos que sugieren distintas interpretaciones. Por otra parte, las historias creadas proyectan muy frecuentemente la búsqueda y la percepción de lo universal.

Cuando se habla de la narrativa histórica, se afronta el problema de la historia y el de la ficción como la confrontación entre la verdad y la mentira. Consideramos que es viable el modo de superar este enfrentamiento, si reconocemos que la ficción se construye sobre la apropiación de la realidad. Si es cierto que la literatura abre campo a la inventiva, la tenemos que reconocer como un recurso de la interpretación

estética de la realidad, y no como su distorsión histórica. Por consiguiente, resulta fácil aceptar que estamos refiriéndonos a dos niveles de la realidad: la imaginaria, ideal, y la histórica, humana y concretizada en el tiempo y en el espacio. Finalmente, el hombre vive en una época, pero, al mismo tiempo, es heredero de toda la tradición cultural. Ambos factores influyen en sus actos y en su interpretación del mundo en que vive. Mas, desde luego, la realidad es una sola y los dos mencionados niveles son simplemente acercamientos a ella, porque en efecto es mucho más rica, más compleja, porque es realmente objetiva. Es fácil aceptar la existencia de la verdad en ambos niveles, si admitimos además, que el hombre no es poseedor de la verdad, a pesar de sus esfuerzos e intentos de conocerla. La literatura puede concretar la realidad, de cierto modo virtual, y no tiene que cimentarse forzosamente en la mentira. Puede ser la transmisora de la verdad.

Ahora bien, para esclarecer algo más acerca de esta consideración: la historia nos narra los acontecimientos cumplidos, pero en nuestro conocimiento también disponemos de una interpretación o distintas interpretaciones, que nos ayudan a conformar nuestra propia visión. En consecuencia, ya en la historia misma, tal como la conocemos, la verdad que asumimos es únicamente un reflejo de la Verdad. En este sentido, la aceptación generalizada del público lector parece ser el juez de la verdad o de la verosimilitud de la historia. La ficción basada en ella es condicionada por esa aceptación ideológica.

Por estas razones, la literatura puede parecer una verdad más condensada, o tal vez diluida, o quizá, ¿por qué no?, distorsionada. En cada caso, es inevitable acudir a las ideas existentes para confrontar esa interdependencia entre el texto literario y la historia. La divulgación de la aceptación de estas relaciones, promueve el reconocimiento de la historicidad y su intensidad en cuanto la verdad o la mentira. En ese proceso de mediación, ciertamente, se destaca el problema de la búsqueda estética, pero también de la actitud ética del creador.

1. EL ACCIDENTE TEMPORAL DEL TEXTO
Y EL ACCIDENTE BIOGRÁFICO DE SU AUTOR

Al inicio del relato, llaman la atención del lector dos elementos: el primero, que inmediatamente después del título, aparece entre paréntesis el anuncio de “fragmento”. El segundo, lo constituye el epígrafe: “El último rostro es el rostro con el que te recibe la muerte”. Sigue, luego, la indicación bibliográfica precisa de que proviene “De un manuscrito de la Biblioteca del Monasterio del Monte Athos, siglo IX”¹. ¿Cuáles son los propósitos de estos dos recursos literarios? Ciertamente, no son accidentales sino fruto de una concienzuda pesquisa creativa. Ambos pretenden modificar las cualidades del texto, sin alterar ni lesionar su expresión deseada, ni tampoco privarlo de un rasgo constante. Todo lo contrario, con la inquietante presencia aspiran a enriquecer su campo semántico.

Hay que reconocer que no es frecuente que a un breve relato se agregue la aclaración que el texto que sigue sólo es un fragmento pero, por esta razón, también se destaca el valor de lo efímero y precario de la imagen creada. El autor advierte de esta manera que no va a profundizar en la historia narrada sino a acercarla al recuerdo del lector para reivindicar la memoria del Padre de la Patria. Igualmente, la indicación puede sugerir lo fugaz y lo interino en cuanto al paréntesis final o penúltimo de la biografía del Libertador Presidente. Sabemos que Álvaro Mutis durante muchos años conservó el deseo de escribir una novela sobre los últimos años de la vida de Bolívar y estas páginas pueden ser realmente un fragmento tomado de un texto en proceso de elaboración o de uno más amplio y que todavía no ha sido editado.

De todas maneras, cabe también una interpretación de corte filosófico que insinúe lo transitorio de la gloria, de los acontecimientos humanos o de la existencia misma. Además, de

¹ *El último rostro*, pág. 101. Todas las citas de *El último rostro* provienen de la edición de Procultura, Bogotá, 1985 y sus referencias a las páginas están indicadas entre paréntesis después de cada cita.

acuerdo con el epígrafe, el texto no nos confronta con el verdadero último rostro. La narración se corta con la fecha del 10 de julio y al protagonista le quedan aún varios meses de vida. De este modo se proyecta la pregunta: ¿Cambió el rostro? La inquietud se extiende a toda la historia de la inquietante y tormentosa vida de Bolívar. Vemos, entonces, que la cita del encabezamiento adquiere el significado simbólico que se refuerza con la exactitud científica de su proveniencia. El origen medieval y milenario del concepto tal vez señala lo atemporal de la interpretación de la verdad o quizás alude a lo metafísico de la existencia humana. Ambos recursos literarios liminares (el anuncio de fragmento y el epígrafe con su fuente) se complementan pero, además, repercuten en la interpretación posterior del texto.

Las correspondencias entre el anuncio del fragmento y la obra y entre el epígrafe y la obra, resultan, en algún aspecto, similares pero en el fondo son distintas. Ambas constituyen "la zona de transición entre el texto y lo fuera del texto"², lo que Gérard Genette definió tan felizmente como paratexto. Ambos recursos manifiestan el juego de la estructura del texto, pero al mismo tiempo contribuyen a su contenido. El fragmento insinúa el paréntesis existencial no sólo de Bolívar, sino de todo hombre. Es una anticipación al lector acerca del transcurrir del tiempo. Tampoco el anonimato de la cita es un acto gratuito. En fin de cuentas, realza la verdad antropológica inevitable como es la muerte. Su imagen universal se logra por intermedio del caso concreto de un hombre cuyas hazañas le merecieron la gloria eterna en la humanidad entera.

Ni Alejandro de Macedonia, ni Aníbal, ni el propio Julio César conocieron una geografía tan vasta y accidentada como la de las guerras sudamericanas que se hicieron bajo el comando de Bolívar en los doce años que siguieron al "Manifiesto de Cartagena", a la toma de Tenerife. El mapa de Carlo Magno cabe dos veces o más en el de Bolívar, y el de Washington resulta estrecho y limitado. Napoleón, llevando imperio, no alcanzó lo que Bolívar llevando libertad, independencia. Entre Tenerife y Ayacucho surge el primer

² GÉRARD GENETTE, *Seuils* París, Éditions du Seuils, 1987, pág. 8.

héroe universal de América. La docena de años que van del año 12 al 24, colocados sobre las medidas comunes de cualquier vida humana, en todos los continentes, desafían la carrera de lo mejor que puede dar el hombre en todos los continentes. En este caso, capeando victorias y derrotas en un escenario de abismos y contradicciones³.

El epígrafe revela su autonomía literaria, porque no tiene nada que ver con Bolívar, ni por su tiempo cronológico, ni por su ubicación geográfica y, sin embargo, el espacio paratextual que crea, proyecta una reflexión —de carácter suelto, admitámoslo— dirigida al lector, con la latente aspiración de difundir el paradigma del hombre latinoamericano que representa el Libertador. En esta contradicción conceptual de lo ostensiblemente casual y lo levemente sugerido se fundamenta dialécticamente la interpretación ideológica del relato analizado. Ellos permiten que se cree una perspectiva universal del relato. Un momento de la historia permite generalizar y la narrativa de un autor como Mutis equilibra las necesidades temáticas y las exigencias de la forma.

El protagonista de *El último rostro* es —no hay ninguna duda y resulta fácil reconocerlo— Simón Bolívar. Él es el personaje principal en el desarrollo de la ficción a través del diario manuscrito del coronel Napierski, el cual fue adquirido por el narrador en una subasta en Londres (según el clisé contemporáneo, las mejores subastas del mundo siempre se realizan en la capital inglesa), poco después de la segunda guerra mundial. Por intermedio del hecho que se anuncia en el texto, de que posteriormente se transcriben únicamente las páginas concernientes al Libertador, se desplaza al narrador testigo al segundo plano en la narración del relato, aunque sea él quien transmite lo observado acerca de Bolívar y vivido por él, en Cartagena, entre el 29 de junio y el 10 de julio (el lector, que conoce la historia, inmediatamente relaciona esas fechas con el año de 1830, pero la indicación exacta del año jamás aparece dentro del texto; una vez más,

³ GERMÁN ARCINIEGAS y OTROS, *Bolívar de Cartagena a Santa Marta*, Bogotá, Litografía Arco, 1980, pág. 18.

a través de este procedimiento se acude a cierta imprecisión del marco temporal). Naturalmente, en estas circunstancias, el protagonismo corresponde al personaje central del diario, alrededor de quien gira la historia recreada. De esta manera, se traslada la atención a los personajes y a las historias narradas y se funden el tiempo del diario y el del relato. Los límites de Cronos se borran. Los hechos del siglo pasado y los acontecimientos recientes, a través del pasado de la familia Nimbourg-Napierski, se cierran en una sola historia y crean la sensación de la cercanía, podríamos decir que casi de la actualidad. Frente a la Gran Historia y, más concretamente, a la de la Independencia de América, el tiempo parece reducirse, todo es nuevo. La aproximación colinda con lo del instante de ahora. El Libertador sigue vivo. En las mentes de los latinoamericanos, su historia es igualmente existente y más atractiva que la caída de Francia o la defensa de la Gran Bretaña durante la segunda guerra mundial. No hay ninguna duda, el narrador es latinoamericano, es bolivariano. Esta actitud se refleja en el comentario del narrador que demuestra su interés por la historia y, desde el primer momento, se siente atraído por las referencias a la batalla de Bailén en 1808, pero se entusiasma mucho más, al ver la anotación: "Santa Marta, diciembre de 1830". Desde luego, esta es la razón por la que fueron escogidas las pocas páginas del diario de entre los desordenados ocho tomos de los legajos. Desde el inicio del relato se anuncia la aspiración de conocer mejor a Bolívar y sus últimos días, para poder entender su presencia en la actualidad.

Antes de pasar al análisis de la imagen proyectada del Libertador, es conveniente exponer unas consideraciones acerca de M. Napierski, el autor del diario quien, aunque queda a la sombra, transmite en estas páginas la visión de lo acaecido durante esos doce días. ¿Por qué razón aparece un coronel polaco al lado del prohombre de Colombia? ¿Es un personaje tomado de la inventiva del autor? ¿O tal vez este elemento de la ficción aprovecha alguna relación con la historia? ¿Qué significado podemos dar a la interpretación de este hecho?

Para tratar de aclarar este cuestionamiento hay que acudir a la vida misma del autor. A veces los datos biográficos resultan sumamente útiles en los análisis literarios y culturales. Este es el caso en *El último rostro*. Álvaro Mutis, desde su juventud, entabló una sincera amistad con Casimiro Eiger. Este ciudadano de Polonia llegó a Colombia en 1943 y aquí permaneció, sin salir al exterior, hasta el final de su vida⁴. Durante un periodo hasta representó en Bogotá al gobierno de su patria en el exilio. Su intensa y sumamente valiosa labor cultural le mereció el nombre de Padre del Arte Moderno en Colombia. Fue él quien fundó la primera galería profesional. Su perspicaz percepción y la vasta cultura le permitieron destacarse como el crítico de arte número uno en Colombia, disponer de varios espacios en la radio y en la prensa. Fue él quien compartió su orientación estética e influyó en la obra artística de los creadores de fama nacional y hasta internacional, en pintores como Fernando Botero o Alejandro Obregón, Enrique Grau, Cecilia Porras, Lucy y Hernando Tejada, Luis Alberto Acuña o Sofía Urrutia; los escultores Eduardo Ramírez Villamizar y Edgar Negret. Casimiro Eiger⁵ fue amigo y consejero de ellos y de muchos otros. También de los escritores, algunos de ellos reconocidos mundialmente, como Álvaro Mutis.

⁴ Casimiro Eiger nació en Varsovia el 22 de septiembre de 1909. Estudió ciencias sociales en la Universidad de Ginebra y, luego, literatura e historia del arte en La Sorbona. El 3 de noviembre de 1943 llegó a Cartagena y después se estableció en Bogotá donde permaneció hasta su muerte. Toda su vida, en su intensa actividad como crítico, promotor y galerista, se dedicó al desarrollo del arte en Colombia. Falleció, después de una larga enfermedad, el 15 de marzo de 1987.

⁵ Para una mayor información se pueden consultar los siguientes textos: CASIMIRO EIGER, *Crónicas de arte colombiano (1946-1963)*, Santafé de Bogotá, Banco de la República, 1995; BOGDAN PIOTROWSKI, *O Kazimierzu Eigerze, ojcu kolumbijskiej sztuki współczesnej słów kilka (Unas palabras de Casimiro Eiger, padre del arte colombiano contemporáneo)*, en *II Międzynarodowe Symposjum Biografistyki Polonijnej (II Simposio Internacional de la Biografía de los Polacos en el exterior)*, en prensa.

Este último, en uno de sus textos, señaló:

Quisiera contar un poco sobre cómo eran estas breves sesiones con Casimiro cuando se trataba de someter a su juicio un poema mío. Casimiro fue para mí una mezcla entrañable de padre, de hermano mayor, de maestro riguroso pero lleno de cariño. Su pudor de gentilhombre polonés le impedía manifestarme en forma muy explícita su amistad teñida de un afecto que ni los años ni la distancia lograron empañar. Su crítica a mis escritos era siempre muy concreta, casi diría que práctica, en el sentido de que esperaba que me sirviera para evitar subsiguientes facilidades, repeticiones, ambigüedades y traiciones a lo que él sabía que era el mundo que he intentado siempre evocar, recrear y darle vigencia y validez en mis narraciones y poemas. Jamás me lastimaron las observaciones de Casimiro porque jamás las hizo con propósito o ánimo distinto de éste que acabo de indicar⁶.

Más adelante el autor agrega:

Confieso que, a menudo, salía desalentado y lleno de dudas después de escucharlo, pero siempre me dejaba, vibrando allá en lo hondo, un sano resquicio de esperanza y de fe en lo que estaba escribiendo. A medida que fui adelantando en mi obra, de vez en cuando le escuché esa frase, la misma que me sostiene aún en la amarga lucha con las palabras: "ah, esto está muy bien, Alvarito. Veo que va entendiendo cuál es su camino". No la escuché muchas veces, pero ha bastado para que todo lo que he escrito haya sido sometido a la afectuosa lección de mi amigo y mentor en letras⁷.

Un testimonio de interés representa para nosotros la correspondencia entre los dos amigos que, si parece que no era muy intensa, fue llevada durante decenios y en cada momento, además de la unión de los dos espíritus y sus apreciaciones de arte, revela una verdadera solidaridad, una sinceridad emotiva de trato, una confianza ilimitada que roza hasta con una familiaridad. ¿Puede haber una manifestación más evidente de la empatía entre los dos hombres promotores y líderes de la cultura en Colombia que la siguiente confesión?

⁶ ALVARO MUTIS, *Casimiro Eiger y el Húsar* en CASIMIRO EIGER, *Crónicas de arte colombiano (1946-1963)*, pág. 23.

⁷ *Ibid.*, págs. 23-24.

Siempre que voy a decidir algo que sea de importancia, pienso para mí: “¿Qué opinaría de esto Casimiro?”. Además, por si fuera poco, la camándula está allí en mi mesa de noche, siempre con el libro de turno, para recordarme a mi mejor y más antiguo amigo⁸.

El mismo tono lo hallamos en la despedida de la misma carta: “Bueno, Casimiro, le va un abrazo muy estrecho y la amistad de siempre de su hijo preferido que nunca lo olvida: Álvaro”⁹. Hay otras muestras de su cordialidad, como en estas líneas, fechadas once años después:

Carmen le manda muchos saludos y sigue muy intrigada sobre las ya remotas razones de nuestro parentesco [...]. Un abrazo muy grande, Casimiro, y que no se olvide de su hijo: Álvaro¹⁰.

Detengámonos en estas reflexiones biográficas y, aunque su validez fue cuestionada en algunos momentos en la historia de la literatura, cada año es retomada más y más, y en este caso concreto, nos parece esencial en la interpretación de la creación del adalid de la literatura colombiana. No obstante, tratemos de entrar a las consideraciones más cercanas a los textos mismos.

2. Los *polonica* EN LA OBRA DE ÁLVARO MUTIS

Las citas, tanto de los homenajes cuanto de las cartas, son suficientes para admitir la influencia de Eiger en la creación del gran autor colombiano. Sin embargo, podemos ver que, en sus libros, la presencia de la cultura de Polonia es reiterada múltiples veces. Ahora bien, es necesaria una aclaración: en toda la producción de Mutis se nota la visión universal de la cultura y un verdadero afán de lucirla. Están presentes los vestigios o las alusiones a las culturas antiguas y modernas de todos los continentes y de diferentes épocas. La polonesa es

⁸ *Carta de Álvaro Mutis a Casimiro Eiger* del 12 de agosto de 1957, en la Biblioteca Luis Ángel Arango, Fondo Casimiro Eiger.

⁹ *Ibidem*.

¹⁰ *Carta de Álvaro Mutis a Casimiro Eiger* del 26 de febrero de 1968, en la biblioteca Luis Ángel Arango, Fondo Casimiro Eiger.

una más, tal vez insinuada con cierta simpatía, pero en ningún momento tiene rasgo de exclusividad. Además del relato que vamos a analizar acá, hallamos los *polonica* en el ya mencionado poema *El Húsar* (que por cierto, es dedicado a Casimiro Eiger), y varios otros textos de narración y de poesía. En la poesía de Mutis¹¹, se encuentran, por ejemplo, en *Caravansary*, IV parte, las referencias a Tadeus Lonczynski, coronel de Lanceros de la Guardia Imperial y a la condesa Krystina Krasinska¹². En *Siete Nocturnos* el *IV Nocturno en Valdemosa*, que está dedicado a Jan Zych, lleva como epígrafe "*Le silence ... tu peux crier ... le silence encore*, tomado de la Carta de Chopin al poeta Mickiewicz desde Valdemosa"¹³. Si los personajes del primer poema pueden ser totalmente ficticios, todos los tres nombres del segundo poema son históricos. Los apellidos de Chopin y de Mickiewicz son universalmente conocidos, y el de Jan Zych corresponde al de un hispanista y poeta de Cracovia, fallecido hace unos años, que vivió y murió en México. En la prosa también encontramos uno que otro *polonicum*. El *Diario de Lecumberri* tiene una emotiva dedicatoria a la escritora venezolana Helena Poniatowska de orígenes polacos, donde el autor colombiano subraya que "La ficción hizo posible que la experiencia no destruyera toda razón de vida"¹⁴. En el *Intermedio en el Atlántico Sur* se hace referencia a un oficial de marina, quien "Habla en inglés de impecable corrección pero con un premioso acento eslavo que a menudo llega a hacerlo incomprendible"¹⁵. Luego, aparecen en la siguiente página los nombres de Konrad Korzeniowski, Joseph K. Korzeniowski y, finalmente, Joseph Conrad. Son las diferentes versiones de los nombres del polaco de nacimiento, quien por razones históricas vivía fuera de su patria y se volvió uno de los más

¹¹ Todas las referencias a la poesía de Álvaro Mutis están tomadas de la edición *Obra Poética, Poesía*, Santafé de Bogotá, Arango Editores Ltda. 1993.

¹² *Op. cit.*, pág. 150.

¹³ *Op. cit.*, pág. 264.

¹⁴ *Op. cit.*, pág. 11.

¹⁵ *Op. cit.*, pág. 155.

grandes escritores de habla inglesa. También entre los textos de Alvar de Mattos (seudónimo de Álvaro Mutis, usado en la revista *Snob* de México durante el año de 1962) la *Pequeña historia de un gran negocio* tiene como personajes a Jan Grobiezki y a Brianski¹⁶. En el mismo texto hay también referencia al “legendario y pío monarca Juan Casimiro”¹⁷, quien fue rey de Polonia entre los años 1648-1668.

El solo hecho de que Mutis use el gentilicio “polonés”, en lugar de la palabra más común en Colombia “polaco”, es un reflejo más de la vida y de la actividad cultural de este gran crítico de arte en Bogotá. No olvidemos que la palabra ‘polaco’, en Colombia, especialmente a partir de los años treinta del siglo xx y durante unos tres decenios, se usaba para indicar a los mercaderes ambulantes, muchas veces judíos o de origen árabe o turco, quienes vendían a plazos sobre todo productos textiles. Desde luego, el término ‘polaco’ en español puede identificarse con el significado de ‘polonés’, pero Casimiro Eiger trataba de resaltar la diferencia entre las dos acepciones y de mantenerla muy clara. Se puede pensar que era una reacción a este aspecto de la realidad colombiana que encontró y que no quería aceptar. Él otorgaba el gentilicio ‘polonés’ a la gente que no solamente provenía de Polonia, sino a quienes mantenían vivo el vínculo con Polonia y su cultura, quienes cultivaban los lazos vivos, afectivos y estrechos con su Patria. Muchas veces se ofuscaba y corregía a la gente hasta a los que no conocía mucho, cuando notaba la confusión o el uso poco claro de estos dos conceptos. C. Eiger tenía y vivía el sentido del proverbial patriotismo polaco y lo proyectó, de cierto modo, al escritor colombiano. Álvaro Mutis, refiriéndose a Miecislaw, le otorga el significado que le daba Eiger y lo podemos ver de forma evidente desde el inicio de su narración. En un momento comenta: “el coronel, como buen polonés” (102). Luego, el adjetivo ‘polonés’ se repite varias veces y en ningún momento aparece la palabra ‘polaco’.

¹⁶ Sus nombres aparecen varias veces entre las páginas 161-165.

¹⁷ *Ibid.*, pág. 164.

Pero, ¿por qué Napierski? Tenemos que subrayar que la ficción de Mutis se inspira en la realidad. Desde luego, la reelabora, pero mantiene los referentes sólidos, en muchas oportunidades vinculados a su biografía. Y aquí, seguramente se refleja también la gran amistad que existía entre el autor y el crítico polonés. Mutis tuvo que saber que el único hermano varón de Casimiro Eiger, S. Marek Eiger, poeta, crítico literario y traductor usaba el seudónimo de Stefan Napierski¹⁸. Este seudónimo pudo resultar sugestivo, sonoro o hasta emotivo para el escritor colombiano. En la historia de Polonia aparece otro Napierski bien conocido, Aleksander Leon Kostka Napierski, quien vivió en el siglo xvii y logró una verdadera fama y, por sus hazañas, se volvió un personaje casi legendario¹⁹. Pero probablemente este hecho no tenía nada

¹⁸ Stefan Napierski era el seudónimo de S. Marek Eiger. Nació en 1899 en Varsovia y murió allí mismo, en 1940, asesinado por los hitlerianos como una de las más de treinta mil víctimas, en la temible fortaleza de Pawiak construida durante la ocupación austriaca en el siglo pasado. Stefan desde 1924 dirigía la sección de reseñas poéticas en la famosa revista *Wiadomosci literackie* (*Noticias literarias*). Desde 1938 hasta la guerra, fue redactor de la revista cultural *Ateneo*. Fue un crítico sensible y de gran cultura intelectual, se destacó por sus ensayos de marcado interés estético e influencia de tendencia impresionista. Fue también un poeta muy notorio. Su poesía reflexiva revela posiciones expresionistas y ecos de neoclasicismo. Publicó varios poemarios, entre los más conocidos están: *Obrazyz podrózy* (*Imágenes del viaje*) 1933 y *Chmura na czole* (*Nube en la frente*) 1938. De entre sus libros de prosa poética y de aforismos señalemos *Cienie na wietrze* (*Sombras al viento*), *Pusta ulica* (*Calle vacía*) y *Próby* (*Intentos*). De bastante acogida gozó su estudio novelesco psicológico *Rozmowa z cieniem* (*Conversación con la sombra*). Fue también traductor de literatura francesa, alemana e inglesa y entre los autores que vertió al polaco se encuentran Baudelaire, R. M. Rilke, W. Whitman, G. Büchner, A. Strindberg, F. Wedekind, E. M. Remarque.

¹⁹ Aleksander Leon Kostka Napierski nació cerca de 1620. Su origen es desconocido, pero se sabe que se crió en la casa del Starosta de Malbork, Rafal Kostka. Después de 1637 fue paje de la reina Cecilia Renata. Durante la guerra de los treinta años luchó en Alemania como capitán al servicio de los suecos. Luego, regresó a Polonia y permaneció en la corte real. En 1648 fue enviado a Inglaterra, Francia y España, con el fin de conseguir ayuda para la guerra contra Turquía; regresó después de la muerte del

que ver con la selección del apellido. Podemos admitir, entonces, que Álvaro Mutis decidió de esta manera aludir al poeta desaparecido en el holocausto. Aprovechó seguramente la primera opción, debida a la amistad con Casimiro.

¿Y qué explicación podemos dar al nombre de Miecislaw? ¿Cómo justificar su selección? Es probable que sea tomado del segundo nombre de Casimiro Eiger que en la partida de bautismo de la iglesia de San Antonio, en Varsovia, aparece como Kazimierz Mieczyslaw. No obstante, hay un aspecto que hay que aclarar, porque su versión nos sorprende. En polaco el nombre debería escribirse Mieczyslaw. Entonces, haría falta la 'z' y en lugar de la 'i' debería estar la 'y'. Quizás, vale la pena aclarar que, hasta si tenemos en cuenta que el protagonista llega desde Francia, la escritura de su nombre tampoco corresponde a la francesa, que sería Miecislav. Suponemos que la versión de Mutis se debe a la pronunciación española o, mejor, hispanoamericana según la cual la 'c' y la 'z' suenan de forma igual y lo mismo ocurre con la 'y' y la 'i'. En la transcripción, según la pronunciación colombiana, el nombre de Miecislaw es plenamente comprensible.

Mas, hay también otras razones que pudieron contribuir a la decisión de Álvaro Mutis de otorgar el nombre polonés

Rey Ladislao IV. A finales de 1650 o a comienzos de 1651 entró en conversaciones con Bohdan Chmielnicki, jefe de los rebeldes cosacos ucranianos, con el objetivo de extender la insurrección campesina hacia Polonia. Después, presentando una carta falsificada, con el rango de coronel, organizó el reclutamiento al ejército en la montaña baja de los Cárpatos. Aprovechando la concentración del ejército polaco en Ucrania, Napierski, junto con M. Radocki y S. Letowski, logró formar un destacamento militar de campesinos y se apoderó del castillo de Czorsztyn, de donde mandaba los edictos que convocaban a los campesinos en contra de la nobleza. Refiriéndose a la supuesta recomendación del rey, hablaba de la necesidad de la abolición de la servidumbre. Fue todo un movimiento de insurrección campesina, la más grande en la historia del Reino de Polonia. Los rebeldes dominaron toda la región, saquearon las grandes propiedades y amenazaban con la toma de Cracovia. Sin embargo, el obispo de esta ciudad, P. Gembicki, mandó al ejército, que rápidamente se apoderó del castillo de Czorsztyn y capturó a los tres jefes insurrectos. Napierski fue condenado a muerte por empalamiento en Cracovia el 18 de julio de 1651.

al personaje de su relato. En realidad, la presencia de los militares provenientes de Polonia quienes lucharon al lado de Bolívar, fue notoria. Vinieron numerosos y muchos de ellos se destacaron por su entrega y su valentía, en virtud de lo cual llegaron a los cargos más altos, hasta a los de generales (tema que desarrollamos más adelante). Aunque este aspecto no ha sido muy estudiado en la bibliografía bolivariana, es verídico. Además, desde luego, destaca la originalidad de la visión y, al mismo tiempo, con esto se crea la sensación de buscar la representatividad histórica y militar de comienzos del siglo XIX en el mundo y de la época de la Independencia en América.

Las referencias a Polonia, a su cultura y a sus nacionales, contribuyen decididamente a la ambientación del texto. Miecislaw Napierski, que era coronel de coraceros (pág. 101) y, en otro momento, pertenecía al cuerpo de lanceros de la guardia (pág. 104), se transforma en un pretexto para acercar al lector a la realidad de esa época, especialmente para recordar algunos momentos significativos de la historia de su nación. Analicemos como ejemplo la siguiente cita:

Napierski escribió esta parte de su diario en español, idioma que dominaba por haberlo aprendido en su estada en España durante la ocupación de los ejércitos napoleónicos. En el tono de ciertos párrafos se nota empero la influencia de los poetas poloneses exiliados en París y de quienes fuera íntimo amigo, en especial Adam Nickiewicz a quien alojó en su casa (pág. 102).

En este fragmento se hace la referencia a dos importantes hechos, el primero relacionado con la participación de los polacos en los ejércitos de Napoleón, y en este caso, más concretamente, a sus luchas en España, y el segundo que destaca la importancia de la vida patriótica de los exiliados poloneses en París y la actividad del más importante poeta nacional del romanticismo en Polonia, Adam Mickiewicz.

Al desaparecer Polonia del mapa geopolítico, no significa que ella dejara de existir, porque seguían viviendo sus nacionales, quienes cultivaban sus tradiciones y mantenían viva su cultura. Los polacos aspiraban a la recuperación de la libertad de su país, aliándose al enemigo de sus ocupantes.

Veían a Napoleón como caudillo, hombre de estado y defensor de los derechos humanos y lo apoyaban en su gesta libertaria en contra de los “monarcas opresores”. Con este ánimo luchaban a su lado en contra de la España de los Borbones. Les parecía que llevaban la libertad. De entre las batallas que rindieron en España la más famosa fue la del Paso de Somosierra. En noviembre de 1808 los franceses realizaron sin éxito múltiples maniobras militares para conquistar la estratégica Somosierra que une las dos Castillas y las cuencas del Duero y del Tajo. El largo desfiladero de cinco kilómetros, rodeado de montañas de ochocientos metros más altas, fue defendido por 16 cañones y 10 mil soldados españoles bajo el mando del general Benito San Juan. Finalmente, se recomendó a las tropas polacas, bajo el mando del coronel Jan Leon Koziętulski, atacar a los ejércitos españoles. La incursión de los lanceros polacos fue intrépida y de gran bravura. En solamente ocho minutos, los polacos rompieron la defensa de los españoles, se apoderaron de todos los cañones y, además de los numerosísimos rehenes, conquistaron seis estandartes. Napoleón tenía abierto por fin el camino a Madrid. La batalla de Somosierra se volvió un símbolo glorioso del genio militar y de la valentía de los polacos. Así, entonces, la alusión de Mutis, en su texto, a la estadía de Napierski en la España napoleónica, toma dimensiones históricas y significativas, también, desde el punto de vista bolivariano y de las luchas por la independencia en los países hispanoamericanos.

Como lo percibió el avisado lector, hay diferencia entre las dos grafías del apellido: Nickiewicz y Mickiewicz, aunque sus nombres son iguales y se conservan en la versión polaca de Adam que significa en español Adán. El cambio de la letra inicial del apellido no se puede explicar por la españolización de su forma; puede ser que se trate de un error, tal vez de mecanografía, pero quizá es un intento de hacer esa transcripción muy comprensible, pero más ficticia. La presencia de Mickiewicz es aún más significativa dentro del texto, si reconocemos su aporte a la lucha por la libertad. Él es el gestor y el símbolo del patriotismo nacional, pero además uno de los más representativos poetas universales en una causa tan

romántica como es la libertad. Las pruebas las podríamos multiplicar. Toda su extensa obra está estrechamente vinculada al concepto de la libertad individual, social, universal, en distintas dimensiones y diferentes aspectos. En una de sus obras opinó de forma contundente: "Quien va por la libertad, que abandone a su patria y exponga su vida"²⁰ y, aunque su publicación fue realizada dos años después del tiempo de la narración, puede ser perfectamente aplicada a la contextualización de la obra del autor colombiano. Muchos poloneses lo hicieron. Salieron de su país, que además fue repartido entre los ocupantes rusos, prusianos y austriacos, y lucharon por la libertad de otras naciones, muchos también al lado de Bolívar. Este tema lo desarrollamos más adelante, aunque en este punto podemos subrayar la pertinencia de la referencia a Mickiewicz, en el texto de Mutis.

Sin embargo, hay un aspecto en la mencionada cita, relacionado con la historia, que parece ser *licencia poética* del escritor colombiano. Si es cierto que se puede opinar que París fue en el siglo XIX, y más concretamente en la primera mitad, una especie de la capital de la cultura polaca, el año de 1830 fue sumamente relevante. El 29 de noviembre estalló en Varsovia la insurrección nacional en contra de los rusos y en poco tiempo se extendió por todo el Reino de Polonia, Lituania, parte de Bielorrusia y de Ucrania. El levantamiento, después de sangrientas batallas, entre otras, en Grochów, Dab Wielki, Iganie y Ostroleka terminó con la entrega de Varsovia un año después, en septiembre. Comenzó, luego, la llamada Gran Emigración. Más de nueve mil polacos huyeron de la persecución de los esbirros del zar y se exiliaron en la capital de Francia. Allí se encontraba la elite intelectual. Mutis alude a los poetas exiliados. Indiquemos, por lo menos, los nombres de otros vates, también, como Mickiewicz, reconocidos por la posteridad como poetas nacionales: Juliusz Slowacki, Zygmunt Krasinski o Cyprian Kamil Norwid.

²⁰ ADAM MICKIEWICZ, *Libro de los peregrinos polacos, Libro VII* (en prensa, traducción nuestra, B. P.).

Además de Chopin, quien está en la página del relato comentado, y que se volvió el símbolo de la música patriótica, era igualmente muy notoria la presencia del famoso historiógrafo Joachim Lelewel. Todos ellos mantenían viva a Polonia y jamás aceptaron su caída definitiva. Sus anhelos y sus sueños creaban un eco vivo en la nación, que permitió finalmente su restauración en el siglo siguiente.

Resulta que Adán Mickiewicz (después de su encarcelamiento y la condena como filareto a la permanencia obligatoria en Rusia, durante cinco años) después de múltiples intentos para obtener el permiso de salir al exterior, pudo por fin, hacerlo en abril de 1829. Viajó a Hamburgo. Luego, a Berlín y a Dresden, Praga, Karlsbad y Marienbad. En Weimar visitó a Goethe. Después conoció Frankfurt, Maguncia, Bonn. Se hospedó en diferentes ciudades de Suiza e Italia y, por fin, en la segunda mitad de noviembre, llegó a Roma. En la Ciudad Eterna se quedó todo un semestre y, luego, viajó por el sur de la península y regresó a Roma en octubre. Allá lo sorprendió la noticia de la insurrección en Polonia, pero se quedó en la capital italiana hasta abril de 1831. A través de Suiza, llegó a París en los últimos días de mayo. De este esbozo del itinerario de Mickiewicz es fácil deducir que Napierski no pudo recibir al vate en su casa en la Ciudad Luz, antes de su viaje a América. Mucho menos, si recordamos que Napierski antes de llegar a Cartagena desde Jamaica, fue detenido en Santiago de Cuba y “padeció varios años de prisión” (pág. 38). No obstante, no es del todo improbable la alusión al estilo de Napierski que recordaba en ciertos párrafos el tono y la influencia de los poetas polacos exiliados. Mickiewicz empezó a sentir la inspiración de las musas después de su llegada a la Universidad de Vilna en 1815. Su famosa *Oda a la juventud* fue escrita en 1819. El primer libro titulado *Ballady i romanse (Baladas y romances)*, muy logrado anuncio de su vasta y admirada obra, apareció en 1822. En esta digresión sobre Mickiewicz es oportuno recalcar que el poeta aspiraba a compartir su patriotismo en la poesía con la acción militar. En Roma, en marzo de 1848, durante la famosa Primavera de Pueblos, organizó la Legión Polaca.

Después, en 1855 viajó a Turquía, que desde hacía un tiempo mantenía la guerra contra Rusia, y en Constantinopla se dedicó a formar un ejército de polacos y judíos, de acuerdo con el llamado mesiánico de estas naciones. Sin embargo, cayó enfermo de cólera y murió el 26 de noviembre. El poeta trató de luchar contra el enemigo no solamente con la pluma.

Cuando Bolívar recibió la respuesta afirmativa de que el coronel Napierski servía bajo las órdenes del mariscal Poniatowski y había combatido con él en Leipzig, y presenciado la heroica muerte del mariscal, el Libertador, una vez más, subrayó y expresó:

Tengo una admiración muy grande por Polonia y por su pueblo [...] son los únicos verdaderos patriotas que quedan en Europa. Qué lástima que haya llegado usted tarde. Me hubiera gustado tanto tenerlo en mi Estado Mayor [...]. Conocí al príncipe Poniatowski en el salón de la condesa Potocka, en París. Era un joven arrogante y simpático [...]. Lo recuerdo como una mezcla de hombre valiente hasta la temeridad, pero ingenuo hasta el candor [...]. Murió como un gran soldado. Cuántas veces al cruzar un río (he cruzado muchos en mi vida, Coronel) he pensado en él, en su envidiable sangre fría, en su espléndido arrojó. Así se debe morir y no en este peregrinaje vergonzante y penoso por un país que ni me quiere, ni piensa que le haya servido en cosa que valga la pena (104-105).

Más tarde, cuando Napoleón logró formar las fuerzas de toda Europa de más de seiscientos mil soldados, cien mil de ellos eran polacos. El Emperador de los franceses siempre subrayaba la lealtad y la valentía de los combatientes que vinieron de este país centroeuropeo. Parece natural que el Libertador tuviera una gran admiración por los soldados provenientes de las orillas del Vístula porque, además, en realidad, también él tuvo en sus filas a muchos de ellos, leales y sacrificados.

La vida cultural de los poloneses en París se desarrollaba, como estaba de moda en ese entonces, sobre todo en los salones. Es posible que Bolívar hubiera conocido al príncipe Poniatowski en uno de los numerosos salones de los aristócratas polacos. En la época de la Gran Emigración Polaca a Francia fue muy renombrado el salón de Delfina Potocka.

La condesa, célebre por su belleza y extraordinarios talentos artísticos, transformó su casa en un concurrido centro de la vida social y cultural; aún hoy día es recordada como uno de los personajes legendarios del romanticismo polonés. Su presencia quedó para siempre en la historia del arte. Fue amiga íntima de Federico Chopin y de Sigismundo Krasinski. El primero le dedicó dos de sus composiciones, el *Vals Des-dur op. 64* y el *Concierto f-moll*. El segundo desarrolló una emocionante correspondencia con ella, *Listy do Delfiny Potockiej* (*Cartas a Delfina Potocka*). Ella también fue la musa que inspiró sus versos eróticos, *Przedswit* (*Aurora*) y *Sen Cezarego* (*Sueño de César*). No es posible que Bolívar concurriera a este salón porque la hermosa Delfina nació apenas en 1805 o 1807; sin embargo, la alusión literaria indudablemente enriquece la visión creada por Mutis.

No resulta tampoco extraño que el mismo Bolívar conociera a Poniatowski. Uno de los más célebres, un verdadero símbolo militar, fue el príncipe José Antonio Poniatowski, sobrino del antiguo rey de Polonia. Su experiencia militar fue reconocida durante la guerra de Polonia en 1792 contra las huestes rusas de la zarina Catalina la Grande, cuyas ventajas militares fueron imposibles de vencer. Luego, fue nombrado general y mariscal de los ejércitos de Napoleón. Cuando crearon el Ducado de Varsovia, fue el jefe de su ejército y ministro de guerra. Pereció en las olas del río Elster, en la batalla de Leipzig, el 19 de octubre de 1813. La leyenda le otorga estas famosas palabras: "Dios me confió el honor de los polacos — a Dios se lo devuelvo". Por esta razón, resultan bastante convincentes las palabras del Libertador, que lo recordaba atravesando [Bolívar] los múltiples y peligrosos ríos de América. Sin embargo, hay una referencia en *El último rostro* que sorprende, a saber, su apreciación sobre la edad del príncipe: "era un joven arrogante". Si aceptamos las demás opiniones, por ejemplo, acerca de las concepciones políticas del mariscal de Francia, las cuales, podrían devolverse igualmente al mismo Gran Venezolano, lo de su juventud resulta discutible. Recordemos que Bolívar permaneció en París en el año 1801 durante su primera estadía en Europa y, luego, en su segundo viaje,

entre los años 1804 y 1806. Él sí era, en ese entonces, un mozo de menos de veinte años o, en la segunda permanencia, de algo más; pero Poniatowski, quien nació en 1763, le llevaba veinte años, es decir el doble de su edad. Además, rodeado de gloria, el general polaco despertaba respeto y admiración. Es cierto que en los retratos que se conservaron del mariscal franco-polaco aparece siempre como un hombre joven y vigoroso, hasta en las representaciones de sus últimos momentos de vida en las olas del río que pasa por Leipzig. ¿Podemos justificar estas palabras por las poco acertadas apreciaciones del joven Simón? ¿O quizá las lejanas reminiscencias, o los viejos y borrosos recuerdos del agonizante héroe? Desde luego, la literatura siempre nos deja algunas opciones para escoger o acude a la siempre viva licencia poética. Sobre todo, cuando se trata de un elemento de menor importancia dentro del universo creado, a veces desapercibido.

3. LOS SOLDADOS DE POLONIA ALREDEDOR DE BOLÍVAR

Regresemos, sin embargo, a un tema anunciado anteriormente. Vale la pena subrayar que al lado de Bolívar estuvieron muchos soldados y oficiales polacos, apoyando la causa de la independencia. ¿Y este hecho histórico qué importancia literaria tiene? Indiscutiblemente contribuye a la presencia de la verdad en la historia narrada por Mutis.

Un texto literario visualiza a menudo las partes de la realidad que la gente común no alcanza a percibir. Retomar la historia, por lo general, puede servir de pretexto para esclarecer el día de hoy. El pasado parece limitarse a un motivo, pero su actualización lo convierte en el objetivo, porque adquiere dimensiones universales. La obra creada pone como manifiesta la selección de las alternativas que le permiten el juego de ideas existentes. El conocimiento se puede encontrar con la experiencia. La ficción no se limita a la invención, sino que amplía los horizontes en el entendimiento de la realidad. De este modo, la literatura, y especialmente la literatura histórica, logra funcionar más plenamente en la socie-

dad, y no es interpretada como un elemento estético de la cultura, un adorno de lujo. Ejerce su relevancia en la consolidación de la identidad.

Por estas razones, la piedra angular en la construcción del mundo creado tiene que ser la verdad. No se pueden confundir los diferentes recursos retóricos o estéticos, o niveles de abstracción, basados en la búsqueda de la verdad, con la falsificación de las relaciones del individuo con la realidad circundante, conocida por él y reflejada en el proceso creativo. Las diferentes interpretaciones son resultado de distintas ópticas que ayudan a comprender el fenómeno analizado. Al lector crítico le corresponde descubrir las intenciones de la obra, los objetivos de la ficción, y así extender su lectura cognoscitiva. En el fondo, todo texto artístico constituye una propuesta ideológica.

De algunos militares polacos sabemos poco, además de sus apellidos, como: E. Kaminski, M. Rowicki, J. Skolimowski. Sobre otros, se pudieron rescatar algunas huellas de sus vidas²¹. Filip Maurycy Marcinkowski, varsoviano, fue uno de ellos. Realizó su educación en Inglaterra y hasta sirvió en la Marina inglesa de guerra. Es posible que, una vez allá, cambiara su apellido por Martin. Fue llamado muy a menudo, a la española, Felipe Mauricio Martín. En 1815 fue comandante de la caballería de los insurrectos y jefe de los voluntarios europeos. Llegó al rango de general. Se retiró del ejército y se estableció en Bogotá donde murió en 1845.

Una gran figura militar fue Izydor o Isidoro Borowski, nacido a finales del siglo XVIII, cerca de Pultusk, quien como oficial, mencionado anteriormente, luchó ya en la gesta de Miranda y luego, acompañó a Bolívar desde 1810. Durante

²¹ MARÍA PARADOWSKA, *Polacy w Ameryce Południowej (Los polacos en la América del Sur)*, Ossolineum, Wrocław, 1977, págs. 44-45; MARÍA PARADOWSKA, *Wkład Polaków w rozwój cywilizacyjno-kulturowy Ameryki Łacinskiej (El aporte de los polacos en el desarrollo de la civilización y la cultura en América Latina)*, Warszawa, Wydawnictwo Warszawa, 1992, págs. 148-149. BOGDAN PIOTROWSKI, *Polonia y Colombia: relaciones culturales*, en *Arco*, núm. 244, Bogotá, 1981.

once años fue considerado como uno de los colaboradores más estrechos del Libertador. Participó en las luchas en Venezuela y en Colombia. Acompañó a Bolívar en Jamaica y junto con él regresó a Venezuela. Fue nombrado general. Dirigía parte del ejército insurrecto y atravesó los Andes. Él fue el primer jefe militar del ejército de Bolívar que comenzó la decisiva batalla de Boyacá. Permaneció dos años más en Bogotá, pero, como consecuencia de las intrigas en el Estado Mayor decidió abandonar América del Sur. Se dirigió a Persia, donde luchó contra los rusos y allí pereció en una de las batallas que dirigía.

En el ejército de Bolívar luchaban también otros polacos conocidos; es importante recordar a Ludwik o Luis Flegel, quien llegó a las tropas bolivarianas en 1818 y, entre otras, se destacó por su valentía en la batalla de Carabobo. Luego, fue nombrado teniente coronel. Se casó y se estableció en Caracas.

Otro personaje conocido fue Jan Brigard, quien después se estableció en Colombia, se casó y dejó un linaje de gran prestancia²². Todo parece indicar que este polonés pisó la tierra americana a comienzos de 1818. En una carta fechada el 10 de febrero de 1818, López Méndez recomienda al joven teniente ante el gobierno de Venezuela, y su apellido, en versión de Brigard, aparece en el N° 26 de la lista de pasajeros del buque inglés *Sarah* (el nombre del buque está mencionado en *El último rostro*), con destino a Venezuela²³. Juan de Brigard, por lo general así figura en los textos españoles, comenzó su vida militar en el ejército de Venezuela, el 25 de junio del mismo año²⁴. El teniente Brigard quedó bajo las órdenes del general José Francisco Bermúdez e inició su lucha con la campaña de Güiría. En 1822 fue ascendido por el Vicepresidente, general Francisco de Paula

²² Conf.: FERNANDO RESTREPO URIBE, *Juan de Brigard y Dombrowski y su época*, Bogotá, El Greco, 1978.

²³ *Ibid.*, pág. 33.

²⁴ Fondo Enrique Ortega Ricaurte, caja 183, documento 56 y títulos militares, tomo II, folio 18 r. En el Archivo Nacional de Colombia.

Santander, a capitán de Infantería²⁵. Prácticamente todas las campañas en las cuales participó se realizaron en Venezuela. El 11 de septiembre de 1824, por razones de salud, el capitán Juan de Brigard obtuvo la licencia de retiro²⁶.

Es interesante recordar, igualmente, la participación en la lucha libertaria de Ferdynand Sierakowski, quien obtuvo de Bolívar el rango de coronel. En el año de 1824, en reconocimiento a sus méritos, le fue otorgada la ciudadanía venezolana. Su última batalla fue la de La Ladera cuando el general Tomás Cipriano de Mosquera atacó apresuradamente a las tropas de Obando que se habían acercado a Popayán, poniéndola en peligro. En la biografía del Gran General, escrita por Diego Castrillón Arboleda, se leen dos episodios relacionados con el coronel polaco. Ya el 11 de noviembre

... en las horas de la tarde no faltó el prelude medieval cerca del portazgo de El Ejido cuando se encontraron dos patrullas enemigas. Hubo insultos recíprocos entre los jefes, el lancero Juan Gregorio Sarria y el Coronel Sarakouski, quienes terminaron por protagonizar un duelo de caballería en medio de la expectativa de los vecinos. Se fue el uno sobre el otro con gran impulso lanza en ristre y la de Sarria hirió levemente la rodilla derecha de Sarakouski y le cortó la correa del estribo derribándolo, lo cual dio por terminado el combate²⁷.

El día siguiente el Intendente Mosquera movió su ejército.

A las cinco de la mañana del día 12 de noviembre trató de sorprender a Obando. Se lanzó confiado rodeado de jefes como los Coroneles Murgueitio, Sarakouski [*sic*] y Sedeño. A Murgueitio con más de 200 hombres le ordenó bordear la colina donde se concentraban Obando y sus fuerzas para recortarle la retirada mientras los cañones disparaban sobre la casa, el grueso del ejército y la caballería atacaban

²⁵ FERNANDO RESTREPO URIBE, *Juan de Brigard y Dombrowski y su época*, pág. 44, según: *Títulos militares*, tomo 4º, folio 67 r. En el Archivo Nacional de Colombia.

²⁶ FERNANDO RESTREPO URIBE, *Juan de Brigard y Dombrowski y su época*, pág. 50.

²⁷ DIEGO CASTRILLÓN ARBOLEDA, *Tomás Cipriano de Mosquera*, Bogotá, Litografía Arco, 1979, pág. 47.

de frente y la guardia cívica, mandada por su primo, don Vicente J. Arboleda, el Coronel Vicente Olave, se situaba a la izquierda de la colina.

Los cañones comenzaron a hacer estragos sobre la infantería de Obando, la cual, desmoralizada, comenzó a huir, en los precisos momentos en que la de Mosquera coronaba la colina y su caballería entraba en un sector cenagoso, que forma sus faldas.

«Obando, dice el Coronel Manuel José Castrillón, antes de que la fuga de su infantería fuese notada por su adversario y que pudiera desordenar su caballería, hizo un esfuerzo heroico, dando una carga sobre su enemigo, que le hizo volver la espalda, y cayó sobre ellos alanceando y matando lo que se le ponía por delante».

La caballería de Mosquera, atascada en el pantano, no pudo actuar y debió retirarse apresuradamente, poniéndose en fuga.

«Esta carga tan inesperada no les dejó rehacer, pues desde la falda de la colina hasta el puente del río quedaron los cadáveres regados por todas partes, pereciendo los más valientes que habían humillado en cien combates a los españoles, entre ellos el Coronel Sarakouski que al rendir su espada a Juanillo Alegría en el corral de la hacienda, este lo pasó con la lanza, haciendo lo mismo Sarria con Sedeño y Lugo»²⁸.

El valeroso oficial proveniente de Polonia, víctima de la sevicia de su adversario que no respetaba la señal de la rendición amparada por la antigua tradición y, al mismo tiempo, el universal derecho de la entrega de la espada, murió en Colombia defendiendo fielmente los ideales del Libertador.

4. EL TIEMPO DE LA NARRACIÓN

En la narrativa histórica, de cierto modo, podemos observar el tiempo congelado. La precisión de esa dimensión de la realidad marca toda la estructura y mantiene una influencia permanente en el desarrollo de la historia. Esto no

²⁸ DIEGO CASTRILLÓN ARBOLEDA, *Tomás Cipriano de Mosquera*, Bogotá, Litografía Arco, 1979, pág. 47.

significa que este manejo del tiempo siempre tenga que ser puntual o representar un paréntesis en su línea continua. Todo lo contrario, puede ofrecernos un abanico de las propuestas desde una visión diluida hasta las indicaciones exactas y su selección repercute en la construcción de los contenidos. El texto literario histórico contribuye a la afirmación o al desarrollo de la identidad. Gracias a él, se mantiene viva la memoria colectiva y la sociedad lo usa como el referente constante en sus actuaciones. Los individuos que componen ese grupo social, logran identificarse tanto a sí mismos cuanto entre sí. La literatura histórica, a través de sus manifestaciones particulares, logra mantener ciertas ideas que pretenden consolidar las aspiraciones sociales que manifiesta la sociedad unida o descompuesta. Viene, entonces, el problema subyacente del funcionamiento ideológico de la pertenencia del individuo a su comunidad. De esta manera la literatura puede ejercer en el lector una función de aceptación o de rechazo en la relación de la afirmación del texto con la realidad vivida. En la historia de la literatura se conocen textos que consolidan las culturas o influyen de una manera radical en su descomposición. Sobra decir que su eficacia depende de otros factores externos, pero no se puede negar su coincidencia.

Así, pues, podemos reconocer que el texto literario, en general, y más el que tiene aspiraciones históricas, influye sobre la reacción de la colectividad y, por ende, sobre el comportamiento individual.

En el caso de *El último rostro*, el referente histórico es la independencia y su protagonista obviamente, es su gran gestor, Simón Bolívar. Ese período revolucionario que iba a ejercer una transición radical de la época del feudalismo a la nueva era republicana, quedó frustrado en muchos aspectos. Podemos, sin embargo, observar una fuerte analogía en el acontecer histórico y su personificación que era el Libertador. En el texto de Mutis la crisis de los ideales promovidos por el movimiento independentista, permite, al mismo tiempo, no solamente cuestionar lo ocurrido hace dos siglos, sino, desde luego, preguntarse sobre todo ese tiempo transcurrido

y sus consecuencias en la actualidad. Por eso se puede percibir este afán de insistir en la presencia del Padre de la Patria, en la literatura. No se trata, simplemente de una evocación romántica, el *quid* consiste en su objetivo, su realización y sus resultados. ¿Hasta qué punto se logró un estado independiente, justo, igualitario y verdaderamente democrático? El relato es un pretexto para mantener válidos los ideales que quedaron truncados.

Es interesante confrontar esta posición de inconformidad social, con el eco que repercute en la conciencia social de los países bolivarianos, la imagen del Libertador. ¿Quién negará la coincidencia de la muerte de Bolívar con el abandono de las profundas reformas sociales? Algunos críticos literarios o de la cultura se atrevieron hasta a hablar del complejo de matricidio y de parricidio. El primero en referencia a la madre patria y el segundo, precisamente, en relación con el Libertador. La literatura refleja las inquietudes colectivas de la sociedad. Las crisis políticas refuerzan esta necesidad, porque la actualidad de la creación artística consiste en afirmar las relaciones del arte con la realidad y responder a las expectativas de la colectividad a la cual pertenece, en la búsqueda de su identidad y de satisfacer sus aspiraciones.

En *El último rostro*, en distintas páginas, se percibe la inquietud ideológica del autor. En una de las entrevistas, Napierski comenta acerca de la desorientación que se vivía después de la caída del Imperio y de “[...], la necedad de los gobernantes que intentaban detener con viejas mañas y rutinas de gabinete un proceso irreversible [...]” (págs. 108-109). El comentario, además del interés, causó una señal de escepticismo en su cara y una respuesta de tono trágico:

[...], ya vendrán para Europa tiempos nuevos de prosperidad y grandeza para todos. Mientras tanto nosotros, aquí en América, nos iremos hundiendo en un caos de estériles guerras civiles, de conspiraciones sórdidas y en ellas se perderán toda la energía, toda la fe, toda la razón necesarias para aprovechar y dar sentido al esfuerzo que nos hizo libres. No tenemos remedio, coronel, así somos, así nacimos ... (pág. 109).

La conversación quedó interrumpida, pero su tono nos es conocido. No son las palabras textuales sino un retumbante eco de las trágicas acusaciones pronunciadas por Bolívar en su famoso discurso en Angostura: "Uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud". A pesar de que los términos de la ficción y del documento son distintos persisten el mismo concepto y la misma resignación ante el destino determinista. Mas la literatura no mide la injusticia.

Resulta bastante representativa también la anotación del autor del diario: "[...]. Le hablé de la tiranía rusa en mi patria, de nuestra frustración de los planes de alzamiento preparados en París. [...]". (pág. 48). Es conocida universalmente la actitud de los poloneses en contra de la Rusia de los zares. El rechazo y las protestas en las tierras de Polonia ocupadas por los rusos eran constantes, podemos decir diarias. También es cierto que en la capital francesa se elaboraban distintas acciones para recuperar la independencia del país. A la escena descrita corresponde la fecha del treinta de junio. Un poco más de cuatro meses después, estalló la Insurrección de Noviembre. Napierski, privado de su sueño de la lucha por la libertad de su Patria, tenso y emotivo, enunció en forma de testimonio los anhelos de acción que vivían los emigrantes de Polonia. La frase comentada es un elemento más de la veracidad del fondo histórico de *El último rostro*.

En un breve transcurso de la narración, tan sólo un día, Bolívar recibió dos cartas, cartas que resultan sumamente significativas y que ejercieron unas vivas reacciones en su destinatario. La primera (págs. 48-49) se la mandó probablemente Manuelita Sáenz. Después de su lectura, el Gran Venezolano parecía rejuvenecer, se volvía soñador, disponía de mejor ánimo. Es bien conocido su idilio y podemos limitarnos a su mera indicación. La segunda carta (págs. 51-52), proveniente de Bogotá, causó un fuerte impacto de dolor mezclado con una gran furia. Le traía la nefasta noticia del asesinato del joven Gran Mariscal de Ayacucho, reconocido y fiel amigo

de Bolívar, su hombre de confianza. Sus méritos fueron inigualables y su rectitud le traía muchos honores que declinaba con facilidad, como el de la presidencia vitalicia de Bolivia que aceptó únicamente por dos años. Antonio José de Sucre, después de haber representado a Ecuador en el Congreso de Bogotá, ya de vuelta, en el sur de Colombia, en la montaña de Berruecos, que además está mencionada en el relato, fue víctima del complot tramado aparentemente por el general José María Obando. Tenían razón, los que rodeaban al Libertador, pensando que este infortunio le haría más daño que todos los dolores de su vida. La predilección en la amistad que sintió Bolívar por el joven héroe de Pichincha fue notoria. La última muestra de ella la encontramos en el testamento realizado en la hacienda de San Pedro Alejandrino a diez de diciembre de mil ochocientos treinta. En una de las pocas cláusulas de este documento, el Libertador recomienda devolver a la viuda de Sucre la espada, que este último le había obsequiado, “para que la conserve como una prueba del amor que siempre he profesado al expresado Gran Mariscal”²⁹. ¿Puede haber una más elocuente afirmación de los lazos de hermandad entre dos héroes? Aquí, se confirman, en hechos y en palabras. Tal vez en ese momento es oportuno recordar que al inicio del relato, en el primer párrafo, Álvaro Mutis alude a esta vieja costumbre caballeresca y militar de obsequiar una espada como testimonio de aprecio y amistad. En el texto leemos: “[...] un sable con mango adornado de rubíes y zafiros, obsequio del mariscal José Poniatowski al coronel de lanceros Miecislaw Napierski, [...]”, (pág. 101). Mas en el relato mismo hay también una referencia al arma de Sucre. Bolívar, al recordar a su mariscal, dice entre otras frases: “[...]. Y ese gesto suyo de frotar con el dedo cordial el mango de su sable. [...]” (pág. 113). Sí, esta arma de tradición milenaria tiene un significado simbólico y tiene su proyección también en el texto comentado. La literatura conserva

²⁹ *El Testamento*, en ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA, *Bolívar, Cartagena 1812 Santa Marta 1830*, Bogotá, Editorial Pluma, 1980, pág. 44.

el privilegio de mantener la objetividad y al mismo tiempo ampliar el campo semántico a un hecho que parece ser sencillo e insignificante en la historia. El gesto adquiere una carga de emotividad.

Ambas cartas desempeñan un papel relevante para hilar los hechos históricos del pasado de Simón Bolívar, y hasta de envergadura, si apreciamos los elementos de ficción, para lograr su representatividad. Porque *El último rostro* no pretende crear monumento de bronce, ni mitificar, pero tampoco desmitificar. Mutis hace el intento de acercar a través de su obra la personalidad del Libertador, pero también sus sentimientos, sus emociones, comprensibles como si fueran de cualquier hombre, y que en sus últimos meses, semanas y días se hacían cada vez más sombríos, más penosos. La muerte de Sucre tuvo que afligir a Bolívar y el autor logra reconstruir estas escenas de congoja de una forma sugestiva y convincente.

No obstante, puede ser útil confrontar la ficción de Mutis con las apreciaciones de otro autor. JOAQUÍN POSADA GUTIÉRREZ en sus *Memorias histórico-políticas* escribió:

En uno de aquellos nuevos y pequeños bohíos del Pic de la Popa era que se hallaba el Libertador de la Gran Colombia, del Perú y de Bolivia, triste, meditabundo, casi solo, huyendo del bullicio, sin querer que se hablara de política, esperando el regreso de la fragata inglesa y los recursos que había pedido a Caracas para irse, cuando a las nueve de la noche del 1º de julio, dos carruajes que llevaban al general Montilla, al señor Francisco Martín y a otros sujetos de respetabilidad, paran a la puerta, se apean los que en ellos iban y entran agitados. Bolívar se sorprende y pregunta: “¿Qué novedad hay?” —“General— contestó Montilla— el Gran Mariscal de Ayacucho ha sido alevosamente asesinado en la Montaña de Berruecos”. Dándose Bolívar una palmada en la frente, guardó silencio largo rato [...], y suplicó a sus amigos que lo dejaran solo. Hasta muy avanzada la noche estuvo paseándose en el patio de la casa, y levantándose de madrugada continuó sus paseos con la mayor agitación [...]⁸⁰.

Además de la evidente diferencia de las fechas, recordemos que en el relato esta escena quedó ubicada el 1º

⁸⁰ *Bolívar de Cartagena a Santa Marta*, pág. 21.

de julio; las circunstancias son algo similares, más o menos los mismos testigos, el mismo sitio, aunque la forma de la noticia transmitida al Libertador sobre la muerte de Sucre es diferente. Si Mutis introduce algunas pequeñas modificaciones al relatar la historia, percibimos que lo hace con mucho respeto a la verdad histórica.

Muchas veces en la literatura latinoamericana actual, se percibe el vacío que se creó después de la gesta libertadora. Sus protagonistas anhelaban crear un nuevo mundo que hubiera superado los vicios del viejo continente. La experiencia demuestra que tampoco sus continuadores se acercaron a esos propósitos. En consecuencia, la necesidad de la afirmación de su realización sigue vigente y la literatura retoma ese motivo de modo recurrente y reiterativo. Los meandros del pasado adquirieron el carácter trágico, pero el conocimiento de la historia reclama otro destino. En la narrativa histórica de hoy sigue vigente la visión programática de la Independencia. Los escritores forman parte del continente americano y a través de su labor se vuelven sus voceros.

5. CARTAGENA COMO ESPACIO DE LA NARRACIÓN

La elección de Álvaro Mutis de ubicar la acción de *El último rostro* en Cartagena es acertada y adquiere dimensiones simbólicas, bastante importantes en la literatura. Es verdad que Simón Bolívar murió en la hacienda de San Pedro Alejandrino en Santa Marta, pero su agonía lo sorprendió en Cartagena, ciudad a donde regresó manteniendo todavía ciertas esperanzas. No olvidemos que en los inicios de la Independencia, Cartagena constituía para Bogotá un centro político y económico que rivalizaba con la antigua capital de la Nueva Granada. Ambas ciudades representaban dos mundos diferentes tanto desde el punto de vista geográfico, cuanto desde el cultural. Las costas del Caribe son muy diferentes de las cordilleras de los Andes. Únicamente, para señalar el sentido de competencia entre las dos urbes, recordemos que cuando en Bogotá se proclamó en 1811 la República

de Cundinamarca, en Cartagena se declaró la independencia de las Provincias Unidas de Nueva Granada. Cartagena, para Bolívar, era mucho más cercana en todos los aspectos a la natal Caracas.

Cuando, en los últimos días de octubre de 1812, Simón Bolívar llegó de Curaçao, él era poco conocido en la ciudad de San Pedro Claver. Por otra parte, casi toda la región norte de la Nueva Granada se encontraba en las manos de los realistas. No obstante, en poco tiempo decidió escribir dos importantes documentos. El primero, *Manifiesto de Cartagena del 2 de noviembre de 1812*, se hizo divulgar rápidamente.

¿Cómo llegó el "Manifiesto" a oídos de la plebe? El texto escrito no se publicó en Cartagena, sino en Santa Fe. En la misma imprenta de Espinosa, de cuyas prensas habían salido los pliegos de los *Derechos del Hombre* traducidos por Antonio Nariño ... Pero el *Manifiesto* era un resorte destinado a empujar a los de abajo. Los analfabetos, acostumbrados a oír por las hendijas, se sabían ya trozos de parrafadas que pocos entendían, pero presumían lo que querían decir ...⁸¹. El segundo, *Exposición dirigida al Congreso de la Nueva Granada (...)* a 27 de noviembre de 1812, donde el oficial venezolano demandaba la ayuda de la Nueva Granada para la gesta libertadora en Venezuela, formalizó los lazos de solidaridad entre ambos países. Sin embargo, ya antes de llegar la respuesta del Congreso (18 de febrero de 1813), afirmativa, por cierto, Bolívar había convencido de su utilidad a las autoridades de Cartagena. En diciembre de ese año, fue nombrado coronel por el presidente Manuel Rodríguez Torices. En poco tiempo, el joven Simón demostró su capacidad de estrategia, pero también sus ambiciosas aspiraciones, y Cartagena lo aplaudió. Desobedeciendo a su jefe militar, el francés Pierre Labatut, que le había ordenado asediar a Barranca, empezó por su propia voluntad la campaña para desbloquear a Cartagena y rechazó los ejércitos españoles del Magdalena Bajo.

⁸¹ *Ibid.*, *Bolívar de Cartagena a Santa Marta*, Bogotá, Litografía Arco. 1980, pág. 14.

A pesar de las acusaciones por la insubordinación presentadas por Labatut, los cartageneros consideraron que el triunfo justificaba todo y absolvieron a Bolívar. El joven oficial fue rodeado de admiración y las filas de su ejército crecieron rápidamente, sobre todo a causa de los venezolanos que huían ante el terror de Monteverde. Por esa época el héroe publicó, el 15 de diciembre, el importante manifiesto político, *Memoria dirigida a los ciudadanos de Nueva Granada por un caraqueño*.

Ante la amenaza de las tropas españolas en Maracaibo, bajo el mando del coronel Ramón Correa, las autoridades de Cartagena se decidieron a apoyar a Bolívar, quien dirigió a sus soldados hacia Venezuela. Después de la victoria en Cúcuta, el 28 de febrero de 1813, comenzó en realidad la ofensiva libertadora de Venezuela. Poco tiempo después, Simón Bolívar recibió, en reconocimiento de sus hazañas, el grado de brigadier general y la ciudadanía de la Nueva Granada. Podemos reconocer entonces, que en Cartagena se inició la gesta del futuro Libertador de la América.

Sabemos que Bolívar hizo seis visitas a Cartagena. La penúltima también fue muy emotiva. Un llamativo recuerdo de ella, y que nos sirve como un ejemplo más para insistir en ese vínculo sentimental, nos indica el Maestro Arciniegas en uno de sus escritos:

Cartageneros! Con vosotros empecé la libertad de Colombia: «el valor de Cartagena y Mompós me abrió las puertas de Venezuela . . .», escribía en 1827 el Libertador, desde Turbaco. Y algo más expresivo, que en letras de oro se puede leer hoy en el pedestal de la estatua consagrada a Bolívar en Cartagena: «Si Caracas me dio vida, vosotros me disteis gloria». Entre el día en que por primera vez Bolívar pisa tierra de Nueva Granada, hasta el 28 de julio del año 27 en Turbaco, sólo han corrido quince años⁸².

El mismo autor, en su narración histórica, trata de recrear el ambiente de la última llegada del Libertador a la bella ciudad amurallada.

⁸² GERMÁN ARCINIEGAS, 1812, *Cartagena - 1830, Santa Marta*, en *Bolívar de Cartagena a Santa Marta*, Bogotá, Litografía Arco, 1980, pág. 10.

¿Pero es Bolívar, el de la fama y la gloria, este sujeto que llega de Turbaco a Cartagena, sombra de lo que fue un jinete, consumido por la fiebre y la amargura? Para recibirlo, se han llenado de banderas las calles, y se encienden luminarias en la noche. Por él saludan y gritan los niños y los viejos. Por él los negros se ponen amarillos y las muchachas aprietan los pañuelos. Esta sombra que va de la Plazuela de la Universidad al Palacio de la Inquisición, de la Catedral a la Aduana ¿es la misma que el año 12 levantaba altanera sus treinta años como tirando al aire coronas de laurel? Entonces, el título de Coronel del Ejército y Comandante de Puerto Cabello quería decir Coronel de un ejército en derrota, comandante de una Plaza en donde Vinoni había izado el pabellón de España. Pero el Bolívar del año 12 era un estupendo ejemplar de hombría fabulosa que pasaba como huracán borrando la mala historia. Apuntaba hacia la gloria inmarcesible. Todos lo vieron altivo, y no fue sorpresa el vengador galope que lo llevó en triunfo a Caracas. Conviene recordar: era el recién llegado del año 12, un desconocido total. Este doliente visitante del año 30 era el Libertador de Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú ... y creador de Bolivia. Nunca antes llegó a la Ciudad Heroica personaje más famoso. Acababa de renunciar a la presidencia de Colombia, y era un hombre triste. ¿Por quién tocan alegres las cornetas? ¿Por quién repican saludando las campanas?⁸³.

En *El último rostro* no aparecen alusiones a las anteriores visitas de Bolívar a Cartagena, pero nos parece oportuno aprovechar citas para anunciar ciertos antecedentes del paréntesis temporal incluido en el relato analizado.

El ilustre personaje pasó la estadía final en Cartagena, entre la última semana de junio y el 2 de octubre de 1830, en dos sitios, como lo aseveran los historiadores: en el recinto amurallado de la ciudad en la casa del general Mariano Montilla y, luego, en el Pie de la Popa⁸⁴. En la carta dirigida a Joaquín Mosquera el 24 de junio Bolívar le informa que ya llegó de Turbaco a esta ciudad para “embarcarse en un paquete [sic - ¿paquebote?] inglés que está fondeado aquí”⁸⁵.

⁸³ *Ibid.*, *Bolívar de Cartagena a Santa Marta*, Bogotá, Litografía Arco 1980, págs. 20-21.

⁸⁴ EDUARDO LEMAITRE, *La última visita del Libertador Simón Bolívar a Cartagena*, en *Bolívar de Cartagena a Santa Marta*, págs. 93, 95.

⁸⁵ ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA, *Bolívar. Cartagena 1812 Santa Marta 1830*, pág. 321.

El diario de Napierski comienza el 29 de junio y sabemos que su autor ha llegado en la fragata *Shanon* de la marina inglesa. Este buque es bien conocido en la historia de la Independencia y está comprobado que, en efecto, el Expresidente planeaba subir a bordo y partir para Europa. También existe la referencia en *El último rostro*, según la cual llegó de Turbaco, “[...] fuimos a un lugar llamado Pie de la Popa [...]”. Bolívar se trasladó allí [...] movido por la ilusión de poder partir en breves días” (pág. 102). Es cierto que, al quedarse el Libertador en Cartagena, en poco tiempo se preparó para él un alojamiento menos ardiente en una casa de campo³⁶. Una vez más, se hace patente el cuidado a la verdad histórica que plasma Mutis en su relato, aunque no renuncia tampoco a los objetivos y al manejo literarios. La frase del diario de Napierski, que sigue poco después del fragmento extraído lo comprueba: “[...]. Esperamos en una pequeña sala de muebles desiguales y destartalados con las paredes desnudas y manchadas de humedad. [...]” (pág. 103). Indudablemente, se pretende transmitir, o hasta reforzar, la sensación del abandono del sitio y relacionarlo con el estado de ánimo y el ocaso de la vida en que se encontraba el protagonista. Este recurso literario, de origen romántico, no pierde su valor y sigue siendo vigente también en la actualidad. La persuasión trae sus efectos y el lector va adentrándose en el ambiente de la narración.

Las referencias a la Ciudad Heroica son numerosas, y por intermedio de ellas se insiste en la importancia de los procesos miméticos para intensificar la contundencia de la realidad creada dentro del texto³⁷. Además de la reiterada presencia de su nombre Cartagena o Cartagena de Indias, con cierta frecuencia se menciona su importante puerto y

³⁶ *Ibid.*, págs. 97-98.

³⁷ Las referencias a Cartagena las podemos hallar seguidas reiteradas veces como, por ejemplo, en la página 102: “embarcó para Cartagena de Indias”, “se dirigía a Cartagena”, “La fragata ancló esta mañana frente al fuerte del Pastelillo”, “fuimos a un lugar llamado Pie de la Popa”. Consideramos que no viene al caso hacer una enumeración pormenorizada.

están indicados los lugares más representativos de esta bellísima urbe. Siempre se conserva la naturalidad del comentario al aludir a estos puntos de orientación, como si fueran las observaciones de un visitante, un viajero, como lo era el coronel Napierski, para no decir en términos de hoy, un turista: “[...] Allí al fondo, la silueta angulosa y vigilante del fuerte de San Felipe [...]” (pág. 106). “[...] frente a la ciudad amurallada [...]” (pág. 107). “[...] Mientras recorríamos las calles blancas en sombra, con casas llenas de balcones y amplios patios a los que invitaba la húmeda frescura de una vegetación espléndida, me contó [...]” (pág. 109). “[...] un comedor que daba al castillo de San Felipe [...]” (pág. 112). Toda persona que haya estado en esta ciudad del Caribe revive su permanencia allá a través de estas páginas. Naturalmente, como efecto de la lectura se produce la impresión de veracidad de lo narrado. Confluyen el espacio y el tiempo. Ya no se trata de una manera de remitir al pasado, más bien lo revive. Se anula la distancia temporal entre lo acontecido y lo narrado. En este aspecto, la persuasión a través del sitio histórico, además cabalmente conservado hasta hoy con el aura de la época colonial, no tiene nada de artificial. Mejor aún, todo lo contrario: conforme al conocimiento vivido en el lugar, el tiempo parece acoplarse de manera espontánea. Surge poderosamente la ilusión de la realidad por encima del pasado. En *El último rostro* las dimensiones de la existencia se compenetran y no podemos hablar de largo espacio de tiempo, ni del espacio, ni del tiempo, nos interesa el fenómeno Bolívar en su última estadía en Cartagena. Sin embargo, hagamos aquí una consideración. En esa época se solía usar el nombre de Cartagena de Colombia, como lo testimonian las publicaciones de esos años³⁸, aunque en el relato no hay una sola referencia a esta versión. Es explicable, desde el punto de vista literario, si reconocemos la insistencia del texto en la validez de

³⁸ Por ejemplo *Registro (sic) Oficial del Magdalena* en todos sus números publicaba: Cartagena de Colombia; lo mismo hacían las revistas allí publicadas *El Cartagenero Liberal*, *El Duende*, *Los Tiempos*, *Las Reformas*, etc.

la actualización de la imagen de Bolívar, en el acercamiento de la historia de la Independencia al lector. De este modo, se fusionan el tiempo y el espacio. Cartagena de Colombia es un lapso temporal que ya no existe, en cambio Cartagena o Cartagena de Indias es testigo ocular de la gesta y de la vida de Bolívar.

Es viable, igualmente, buscar la justificación de la selección del espacio de acuerdo con el aspecto mencionado de la competencia política de Cartagena con Bogotá, pero, por extensión, también por constituirse como contraparte de la suerte del Libertador. Si en la capital recibió homenajes y ejerció el poder, la Ciudad Amurallada contribuyó a su gloria, siempre siguió fiel, precisamente, hasta los últimos momentos. Las otras ciudades de la Costa, por donde pasó y donde murió, más bien eran sitios visitados por el juego del destino. El verdadero espacio emocional de Simón Bolívar era Cartagena.

6. EL RETRATO DE BOLÍVAR

Durante su vida, Bolívar tuvo muchos rostros, y no solamente de acuerdo con las edades, infantil, juvenil, de hombre vigoroso, maduro o precipitadamente envejecido, sino de acuerdo con las circunstancias personales e históricas que, en su caso, en muchos momentos podían confundirse.

En el relato, la palabra “rostro”, además de aparecer en el título y en el epígrafe, la hallamos en varias ocasiones, siempre relacionada con la imagen de Bolívar. Napierski, en su primera visita al Libertador, tuvo tiempo para observarlo y sus apuntes resultan bastante extensos, como corresponde al primer encuentro. Escribió:

[...] Sorprende la desproporción entre su breve talla y la enérgica vivacidad de las facciones. En especial los grandes ojos oscuros y húmedos que se destacan bajo el arco pronunciado de las cejas. La tez es de un intenso color moreno, pero a través de la fina camisa de batista, se advierte un suave tono oliváceo que no ha sufrido las inclemencias del sol y el viento de los trópicos. La frente, pronunciada y magnífica, está surcada por multitud de finas arrugas que aparecen y desaparecen a cada instante y dan al rostro una expresión de atónita amargura, confirmada por el diseño delgado y fino de la boca cercada por hondas

arrugas. Me recordó el rostro de César en el busto del Museo Vaticano. El mentón pronunciado y la nariz fina y aguda borran un tanto la impresión de melancólica amargura, poniendo un sello de densa energía orientada siempre en toda su intensidad hacia el interlocutor del momento [...] (págs. 103-104).

La descripción física del Padre de la Patria es más amplia, pero, para nuestro propósito, se escogió únicamente la parte concerniente a su cara.

¿Qué elementos de esta cita se pueden considerar como los más relevantes? ¿Por qué?

Se destaca, indudablemente, la monumentalidad. El retrato tiene rasgos de una escultura de bronce o de mármol, materiales que resisten la acción destructora del tiempo, además las facciones y su conjunto son también clásicos. Su universalidad descuella a través de la comparación con el busto nada menos que de César, modelo guerrero, y en el sitio absolutamente excepcional, como lo es el Vaticano. La historicidad, además de la secuencialidad que deriva de los referentes anteriores, de modo más latente, casi prosaico, se revela por intermedio de la “fina camisa de batista”. Esta última, desde luego, sugiere la proverbial elegancia de Simón, pero también puede insinuar los abolengos de este hijo de familia de nobleza española, establecida como una de las primeras en América y de las más prestigiosas durante siglos. Esta camisa ocultaba el “tono suave oliváceo”, tan español, y especialmente tan andaluz, de su piel que aparentemente no tenía nada que ver con el color moreno de su cara. Aquí, no se perciben ningunos indicios de sangre africana que destacan vigorosamente algunos retratistas contemporáneos. No es posible omitir, de otra parte, el aspecto psicológico del personaje, que en esta y otras representaciones se caracteriza por la inmensa aura de energía que lo rodeaba.

Bajo la fecha del 30 de junio también aparece una observación referente al rostro. “[...] Dos noches de fiebre marcaban su paso por un rostro que tenía algo de máscara fría. [...]” (pág. 107). La máscara, este artefacto que esconde la verdadera faz, que disimula, que pretende apa-

rentar lo que no se es. Además, es frigia. Proviene de una antigua cultura de Asia Menor, que ya se conocía mil años antes de Cristo, en la cual gobernó el legendario rey Midas. Pero desapareció y puede significar la muerte. Los frigios tenían la fama de ser poco guerreros y fueron para los griegos sinónimos de esclavitud. Sin embargo, en el lenguaje moderno el adjetivo “frigio” está asociado con el gorro frigio que, desde la Gran Revolución Francesa, es símbolo de la libertad, y Mariana con su gorro rojo es la personificación de Francia. De este modo, percibimos que el epíteto permite extender el significado de la imagen y enriquecer su interpretación, de acuerdo con el aspecto que pretendemos destacar y la vinculación semántica que escojamos. No obstante, priman el sentido de la muerte y de la libertad, que resaltan las circunstancias en las cuales se hallaba el Libertador Presidente.

Unas líneas más adelante leemos: “Cerró los ojos. Por el rostro le cruzan vagas sombras. Una expresión de alivio borra las arrugas de la frente, suaviza las comisuras de los labios. [...]” (pág. 107). La insinuación de la muerte se intensifica, pero hay, igualmente, la sugerencia de la paz que se aproxima junto con ella.

Poco después se encuentra la siguiente frase: “[...] Me escuchaba con interés mientras una vaga sonrisa, un gesto de amable escepticismo, le recorría el rostro” (pág. 109) que refleja la superación psicológica, el distanciamiento de las preocupaciones. Y sólo el amor, una carta de Manuelita, mencionada también en la misma página, pudo hacerlo reaccionar: “Estaba muy cambiado, casi dijera que rejuvenecido”. En esta cita la referencia al rostro es latente.

La reacción de Bolívar es muy diferente al recibir, un día después, otra carta, la que le anuncia el asesinato de su amigo predilecto, el Mariscal Sucre, ocurrido el 4 de junio³⁹.

³⁹ En *Registro Oficial del Magdalena*, que se publicaba en Cartagena de Indias, apareció la necrología de Antonio José de Sucre, el día 8 de julio de 1830. El Libertador recibió la carta una semana antes, lo cual encaja perfectamente en el marco de la verosimilitud histórica, tan cuidadosamente observada por Mutis.

[...] Su rostro tenía de nuevo esa desencajada expresión de máscara funeraria helénica, los ojos abiertos y hundidos desaparecían en las cuencas, y, a la luz de la vela, sólo se veían en su lugar dos grandes huecos que daban a un vacío que se suponía amargo y sin sosiego según era la expresión de la fina boca entreabierta (pág. 112).

Otra vez surge la máscara, y otra vez de la cultura muerta, aunque noble en la memoria de la humanidad. Mas las “cuencas”, los “huecos”, el “vacío” ya no insinúan sino que hacen entender de modo más evidente el abismo de la muerte que se aproxima. La boca, aunque abierta, ya no pronuncia ni una sola palabra. Su silencio es estremecedor y dolorosamente elocuente.

El último día del diario, el Libertador contó a Napierski su sueño, o más bien su pesadilla. Allí también hallamos la referencia a su cara. “[...]. Me senté en el primer peldaño de la escalinata y al sacar un pañuelo para secarme el sudor del rostro, me di cuenta de que estaba vestido a la moda de principios de siglo [...]” (pág. 116). Hasta en la forma de vestirse no pertenecía al presente. Estaba pero no era. Ya están terminando las penas y viene el regreso a la eternidad. Todo el sueño queda lleno de imágenes, alegorías y hasta de los enunciados directos de la muerte. Insistentemente, los elementos oníricos como “una carcajada chulapa”, “en medio del agobiante desorden de esos corredores”, “recorrer hasta hallar la salida”, “los insectos (que), cargados de veneno”, “hacia el fondo oscuro”, “un socavón de mármol reluciente” (pág. 117) conducen al inevitable final. Termina el incomprendible laberinto de las hazañas. Quedan la ironía y la inquietud que tantas veces acompañaban al héroe en su historia.

Al terminar su recuento del sueño, descrito en el diario, —que, por cierto, crea una sensación de palimpsesto, muy justificado en este relato histórico de reivindicación— resurge la alusión definitiva al rostro de Bolívar: “Calló unos minutos y alzó el rostro interrogándome no sin cierta ansiedad. [...]” (pág. 117). Parece que la última frase de *El último rostro*, el apunte final del dueño del diario, resulta ser el mejor comentario a la trágica pregunta del Libertador:

Una vieja familiaridad con la muerte se me hace evidente en ese hombre que, desde joven, debe venir interrogándose sobre su fin en el silencio de su alma de huérfano solitario (pág. 118).

El motivo del rostro, como lo pudimos observar, va desarrollándose desde el título mismo hasta las últimas frases. Su paso, desde una apariencia monumental, a través de una máscara, para llegar a una cara fundida en la muerte, representa alegóricamente la vida del Libertador.

7. LA FIGURA IDEOLÓGICA

La literatura histórica, y este es el caso del relato de Mutis, no se limita a transmitir una imagen del pasado, indaga, además, por sus huellas en la posteridad y participa en su consolidación. Su objetivo es ayudar en el desarrollo del pensamiento histórico, pero no únicamente referente a los hechos ya realizados sino también sobre los acontecimientos que están ocurriendo. En consecuencia, se realiza una valoración de la tradición y la memoria social en concordancia con la realidad social.

En la transmisión de los recuerdos actúan, entonces, no solamente las leyes psicológicas de la memoria, sino también los mecanismos sociales que forman y deforman el recuerdo⁴⁰.

La literatura siempre ha influido sobre la historiografía. ¿De qué manera *El último rostro* contribuye a la recreación de la presencia de Bolívar y su conocimiento?

No se puede negar que, ante la cercanía de la época y sobre todo la existencia de numerosos documentos históricos, la literatura es fuente de información secundaria, pero puede revelar visiones nuevas o elementos poco conocidos. Mutis lo

⁴⁰ BRONISLAW GEREMEK, *Fabula, konwencja y źródło* (Trama, convención y fuente) en *Dzielo literackie źródło historyczne*, Warszawa, Czytelnik, 1978, pág. 117.

hace y dirige el enfoque de la reconstrucción de la vida de su protagonista, sugiere la interpretación de la época y de la participación de los que lo rodeaban, los juicios apreciativos y las vinculaciones con la conciencia colectiva. La popularidad del nombre de Bolívar está relacionada con el mito o con su leyenda negra y despierta la polémica, y todo texto literario de alguna manera ha de asumir alguna posición.

Como se ha hablado sobre el rostro del Libertador, es necesario reconocer, también, que en el relato de Mutis está el retrato histórico e ideológico del protagonista. Napierski, quien lleva el diario, a lo largo de todas las páginas hace anotaciones de dos tipos. Unas, transmiten su conocimiento acerca de la vida de Simón Bolívar, a través de los comentarios de los militares que lo rodeaban, las conversaciones en Cartagena de Colombia, probablemente lecturas del coronel polonés. Otras, son informaciones tomadas directamente de los diálogos, que mantuvo con él y, que luego, vertió en su diario. En ambas se halla un registro de los datos históricos y de las apreciaciones de las actuaciones del protagonista. De esta forma el lector se puede enterar de muchos significativos acontecimientos de la vida de Bolívar pero, naturalmente, según una interpretación, en apariencia, testimonial.

Por lo general toda la información sobre el Héroe se camufla por intermedio de la naturalidad del discurso del autor del diario, como, por ejemplo, en esta observación “[...] se oyó tras de la silla hablando en un francés impecable traicionado apenas por un leve *accent du midi*” (pág. 103). Que, además de indicar el manejo perfecto del idioma extranjero, refleja su estado de salud porque, como manifiesta el mismo narrador de sí mismo: “[...] Estaba yo absorto observando todos sus ademanes [...]” (pág. 104). Por otro lado, en el texto, en varias oportunidades, se destaca el roce social y, por ende, los abolengos del protagonista.

[...] Siempre se advierte en Bolívar el hombre de mundo, detrás del militar y el político. Uno de los encantos de sus maneras es que la banalidad del brillante frecuentador de salones del consulado ha cedido el paso a cierta llaneza castrense, [...] (pág. 107).

Álvaro Mutis es conocido por su opción a favor del orden monárquico, lo expresó en diferentes oportunidades⁴¹. La cita anterior es su eco. Mas, esta no es la única manifestación ideológica en el relato. En otra parte, haciendo la comparación con los compatriotas, se lee:

[...] Es la ventaja que les lleva Bolívar a todos ellos. Su juventud vivida con espléndido derroche en la corte de Madrid y en los salones del París del Consulado y el Imperio, su familiaridad con gentes que aún conservaban los mejores modales y las más cáusticas ideas del «Ancien Régime», le dieron otra perspectiva y una más justa imagen de su destino y el de estas repúblicas (pág. 115).

Aunque en ningún momento haya alguna sugerencia más evidente de las inclinaciones realistas del Padre de la Patria —por parte del autor— se crea un ambiente propicio a este vínculo. El creador del *Gaviero* dijo una vez expresamente: “La monarquía me parece el régimen ideal”⁴², y, en consecuencia, no es sorprendente que el retrato del Libertador, como lo podemos percibir, lleve ciertos toques o pinceladas de admiración y, tal vez, hasta de su predilección política. El papel de ideólogo que desempeña Mutis por medio de su obra es incuestionable, porque lo realiza a través de todo el conjunto de la narración: el modo de presentar al protagonista, los modelos narrativos, la estructura de la composición, la introducción del personaje del diario, como es Napierski, los diálogos, las observaciones.

Otro punto de referencia a la vida del Héroe lo constituye una aclaración de Napierski, aparentemente casual, pero sumamente significativa, porque alude a los comienzos de sus hazañas de la Independencia y porque lo marcó hasta después de su muerte.

Un gesto del Libertador —olvidaba decir que tal es el título con que honró a Bolívar el Congreso de Colombia y con el cual se le

⁴¹ Puede servirnos, como ejemplo, su entrevista “Nunca he querido ser un intelectual”, realizada por Álvaro Perea, publicada en *Cromos*, núm. 4.050, de 11 de septiembre de 1995.

⁴² *Ibid.*, pág. 46.

conoce siempre más que por su nombre o sus títulos oficiales— me impresionó sobremanera, [...] (pág. 104).

Un pretexto, que es el gesto típico del personaje, en su relación con el título, adquiere el interés particular en esta representación literaria de la historia del Gran Colombiano. El término Libertador se usa reiteradas veces dentro de *El último rostro*. Los títulos enaltecen pero también pesan. Bolívar conoció lo dulce y lo amargo del poder. Cuando a los treinta años de edad le otorgaron el título de Libertador, de cierto modo con anticipación y a crédito, el joven general se involucró inseparablemente en la vorágine del poder y de la política. Le tocó mantener el liderazgo en el ejército y defender su primacía en el manejo del gobierno. Pero, al mismo tiempo, quedó como el blanco expuesto a los ataques de los individuos y de los ambiciosos. Más de diez se consideraban libertadores. Para muchos era el extranjero, hasta para los mismos venezolanos, quienes veían en él a un enviado de Haití o de la Nueva Granada. Es obvio que algunos neogranadinos fácilmente veían en él a un ciudadano de un país vecino, pero rival. Después de 1813, los ataques se volvieron más sañosos en los tres siguientes y difíciles años.

De la ficción literaria no se deducen los hechos históricos, pero sí su presencia en la narración, de cualquier modo, implica la relación entre la interpretación de la historia y su aceptación en la conciencia colectiva. El valor informativo, es conveniente, debe ser establecido después de un minucioso análisis crítico. No se trata de una aplicación mecanicista, sino de una analogía significativa. Sabemos que los reveses que le trajo la vida a Bolívar fueron frecuentes y dolorosos. Por estas razones también el Libertador de Mutis expone en las conversaciones las experiencias que le atormentan:

[...] Queda una conciencia de lo que debimos hacer y no hicimos y que sigue trabajando allá adentro, haciéndonos inconformes, astutos, frustrados, ruidosos, inconstantes. Los que hemos enterrado en estos montes lo mejor de nuestras vidas, conocemos demasiado bien los extremos a que conduce esta inconformidad estéril y retorcida. ¿Sabe usted que cuando yo pedí la libertad para los esclavos, las voces

clandestinas que conspiraron contra el proyecto e impidieron su cumplimiento fueron las de mis compañeros de lucha, los mismos que se jugaron la vida cruzando a mi lado los Andes para vencer en el Pantano de Vargas, en Boyacá y en Ayacucho [...] (pág. 108).

En el relato aparece Bolívar comprometido plenamente con la causa libertadora. El fragmento anteriormente citado y también otros que no tomamos aquí en consideración muestran que él tenía desde el principio de su lucha el ideal de la independencia bien definido. No le interesaban las declaraciones abstractas y viciosas que hacían otros jefes militares y políticos. No quería aplazar hacia el futuro indefinido las acciones sociales y de gobierno que permitieran construir un Estado poderoso y justo que él ideaba desde su juventud. El objetivo del Libertador era construir la soñada y poderosa Colombia, planeada ya por Miranda. Era necesario unir a Venezuela y la Nueva Granada. Cuando en 1818 solamente una provincia neogranadina, Casanare, estaba liberada por el ejército dirigido por el joven coronel Francisco de Paula Santander, Bolívar buscaba los recursos que pudieran independizar de España las demás partes del antiguo Virreinato. Acercó al joven oficial, en julio lo condecoró con la Orden de los Libertadores y, luego, lo nombró general y después gobernador de Casanare. Seguía organizando la resistencia en contra de los españoles y prometía, sin precisar, la ayuda a los patriotas de Santa Fe de Bogotá.

El 23 de mayo de 1819, en los llanos de Apure, Bolívar presentó a sus generales los planes de la liberación de la Nueva Granada: trasladar la mayor parte del ejército venezolano a Casanare, reunirse con Santander, atravesar los Andes, atacar al ejército realista por la retaguardia y liberar a Bogotá. Comenzó la gran marcha. Al unirse con las tropas de Santander el ejército de los independentistas contó con 3.400 soldados. La época de invierno dificultaba el camino. Las incesantes lluvias causaron muchas inundaciones. No pocos soldados se enfermaban y quedaban atrás, algunos se ahogaron. También se hacía sentir la escasez de provisiones. En Pisba, a 4.000 metros de altura, además de la inclemencia de las lluvias y

la nieve, a muchos soldados y caballos les faltaba el oxígeno y perecían. Y, sin embargo, lograron conquistar Paya, defendida por 300 soldados. Al bajar la Cordillera Oriental quedaron únicamente 1.900. En el relato hay solamente pequeñas referencias o ligeras alusiones a estos acontecimientos, pero el lector que conoce la historia las capta y el que no logra interpretarlas plenamente queda invitado a su estudio.

En su discurso en Angostura, en la primera sesión del Congreso Nacional, el 15 de febrero de 1819, Bolívar volvió a insistir, además de muchos otros aspectos relacionados con la construcción del nuevo Estado, en la abolición de la esclavitud. Quería establecer los fundamentos de este, Colombia. El 14 de diciembre de 1819 demostró a los reunidos en Angostura la necesidad de unir a Venezuela y a la Nueva Granada. Dos días después, el Congreso aprobó la nueva Constitución.

Cuando Bolívar regresó del Perú en el año de 1826 venía dominado del gran pensamiento de organizar una confederación de cinco Repúblicas, Bolivia, Perú, Ecuador, Nueva Granada y Venezuela con la idea de que este imperio de Repúblicas fuese bastante fuerte para defender la independencia de la América Española contra las tentativas de la titulada Santa Alianza de Gobiernos Europeos que deseaba reprimir los progresos que la Democracia y el instinto de emancipación hacían en el Nuevo Mundo⁴³.

Por esta razón, cuando el coronel polonés comenta la confusión reinante en Europa después del tratado de Viena despierta el interés del Libertador, pero le hace expresar sus convicciones de desilusión sobre sus coterráneos. Las grandes aspiraciones bolivarianas que conocemos por la historia, en el texto de Mutis, se proyectan de manera generalizada, apenas están esbozadas y prescinden de una documentación más detallada. Se opta por la imagen simbólica, más elocuente en la literatura. La amargura del protagonista es determinante:

⁴³ PEDRO ALCÁNTARA HERRÁN, *Carta a José María Quijano Otero del año 1861*, en GERMÁN ARCINIEGAS y otros, *Bolívar de Cartagena a Santa Marta*, pág. 205.

[...]. Mientras tanto nosotros, aquí en América, nos iremos hundiendo en un caos de estériles guerras civiles, de conspiraciones sórdidas y en ellas se perderán toda la energía, toda la fe, toda la razón necesarias para aprovechar y dar sentido al esfuerzo que nos hizo libres. No tenemos remedio, coronel, así somos, así nacimos ... (pág. 109).

La determinación de corte ilustrado aquí es evidente. La decepción y el desencanto no dejan lugar a la fe ni a la esperanza. En su versión la libertad quedó truncada porque no permitió la imposición de la justicia. He aquí, la coincidencia de las visiones del protagonista de *El último rostro* y de su autor⁴⁴, en la interpretación de la vida social queda alejada, puesto que el último prefiere orden. Mas, el Libertador no desgarró los vestidos, acepta estoicamente la decisión del destino.

Una de las frases de Bolívar, citada en el diario, cuando él conversaba con Napierski sobre la muerte heroica del Mariscal Poniatowski en el río Elster, permite reconstruir el desánimo que vivió el Libertador en sus últimos meses.

[...]. Así se debe morir y no en este peregrinaje vergonzante y penoso por un país que ni me quiere ni piensa que le haya yo servido en cosa que valga la pena (pág. 105).

El mismo día confesó a su interlocutor:

— Ay, capitán, parece que estuviera escrito que yo deba morir entre quienes me arrojan de su lado. No merezco el consuelo del ciego Edipo que pudo abandonar el suelo que lo odiaba (pág. 105).

La muerte y la idea de la salida de su tierra lo resquebrajaban. En otra página pronunció las palabras no menos trágicas:

[...] Por esto sobre en Colombia, mi querido coronel, pero un hado extraño dispone que yo muera con un pie en el estribo, indicándome así que tampoco mi lugar, la tumba que me corresponde, está allende el Atlántico (pág. 108).

⁴⁴ Álvaro Mutis en la entrevista ya mencionada con Álvaro Perea declaró que prefería el orden a la libertad, pág. 50.

La idealización romántica que guiaba a menudo a la gente de su época aquí se desmorona a pesar de las dudas y de las vacilaciones. En el relato se insiste, con frecuencia, en el desengaño que recibió el Padre de la Gran Patria que ya en vida de él empezó a dividirse. ¿Quizá se revela en este motivo dramático la propia experiencia de exilio del mismo Mutis? El retrato es el de un expatriado, aunque de cierto modo, él tuviera alguna incidencia en esta decisión. Precisamente, la actitud de cuestionamiento sobre el pasado propio, la huída permanente a los recuerdos y el afán de defender la libertad personal a través de un comportamiento que no exija atarse a nada ni a nadie, es bastante típico en toda la obra de Álvaro Mutis y *El tríptico de mar y tierra* es su muestra más elocuente. Esta tendencia se refleja, igualmente, en la vida del autor. Que nos sirvan de ejemplo sus palabras escritas en una carta:

No sé cuándo vuelva a pasar por allá [Bogotá: B. P.]. Yo creo que hay que dosificar esas pasadas, porque si no se lagartiza uno con una velocidad impresionante y acaba saludando a (...) y tomando trago con (...)... la cosa no deja de tener sus peligros (...) le confieso que mi paso por Bogotá no me deja nada bueno, más bien me queda cierto vacío por lo perdido irremediamente y que se conserva mejor desde el exilio mejicano que con inmediata constatación en Bogotá la horrible⁴⁵.

En sus vacilaciones sobre el viaje —a la larga, siempre, hasta el último momento, Bolívar, como otros en circunstancias similares, conserva sus dudas, aunque fueran pequeñas— el protagonista acude a su pasado, se reconforta con ser mejor que sus adversarios, más valiente, más generoso, más preparado.

En 1830 Colombia llegaba a su fin. En realidad, parece, según lo demuestran los documentos, que Bolívar estaba resuelto a irse. En una de sus últimas epístolas anota: “Me voy a Europa sin falta, para no volver más a América, pues éste es un país inhabitable”⁴⁶. Consciente de la situación po-

⁴⁵ *Carta de Álvaro Mutis a Casimiro Eiger* del 26 de febrero de 1968.

⁴⁶ SIMÓN BOLÍVAR, *Carta a...* (destinatario anónimo), en *Bolívar, Cartagena 1812-Santa Marta 1830*, pág. 338.

lítica y de su estado de salud aspiraba a defender su imagen que iba a dejar para la posteridad. Defendía su honra. Durante su permanencia en Cartagena, en una de sus cartas, casi oficial porque está dirigida al Presidente de la República, escribió que se decidió a:

remitir a usted un documento auténtico y *muy confidencial*, de mi inculpabilidad de las tropas que se han ido a Venezuela. Por la carta del Coronel Andrade se impondrá usted de que yo no he sido cómplice de semejantes desórdenes y perfidias, como lo ha dicho *La Aurora* en virtud de las calumnias levantadas por hombres viles, incapaces de conocerme⁴⁷.

Tampoco seguía conservando sus ilusiones del poder. Después de las revueltas de la mitad del año 1830, dos meses antes de su muerte, hace confesiones sobre estos aspectos al general P. Herrán:

Espero a Usted sin falta antes de dos meses. Yo estoy ayudando por esta parte mientras las elecciones constitucionales se verifican para entrar en la Presidencia (si salgo electo) por el camino real y bajo la protección de la legitimidad. Yo no quiero que me llamen nunca usurpador. Yo entretengo a todo el mundo con esperanzas vagas y aun creo que todo el mundo piensa que yo he aceptado: Esto no es así⁴⁸.

A otro destinatario, dos semanas después, escribe:

Y me comprometo además a no admitir la Presidencia aun cuando (*sic*) los pueblos me nombren legalísimamente, pues estoy resuelto a vivir y a morir como un simple ciudadano⁴⁹.

⁴⁷ SIMÓN BOLÍVAR, *Carta a Su Excelencia el Presidente de la República de junio 24 de 1830*, en *Bolívar. Cartagena 1812, Santa Marta 1830*, pág. 321. Bolívar se refiere al núm. 3 de *La Aurora*, del domingo 9 de mayo de 1830, cuyo texto es realmente panfletario. Se puede consultar en la Biblioteca Nacional en Bogotá, en el Fondo Pineda.

⁴⁸ SIMÓN BOLÍVAR, *Carta al general P. Herrán del 11 de octubre de 1830 en Bolívar. Cartagena 1812 Santa Marta 1830*, pág. 328.

⁴⁹ SIMÓN BOLÍVAR, *Carta a J. Cárdenas del 25 de octubre de 1830 en Bolívar. Cartagena 1812 Santa Marta 1830*, pág. 336.

¿Y cuál es la actitud del Bolívar literario del texto analizado frente a los testimonios históricos? El personaje es olímpico, pero en la narración existe una aclaración sobre el tema. Está introducida por el capitán Arrázola, el oficial que trae el correo al Libertador. Es él quien

se queja de que no se le han reconocido sus servicios y guarda cierta amargura más que contra ninguna persona en particular, contra el desorden, la mezquindad y la incuria que reina [*sic*] en el país. Su trato con políticos y gentes del Congreso en Bogotá le ha enseñado a esconder con cautela sus opiniones (pág. 115).

Bolívar, por ser el paradigma del héroe no puede quejarse, pero el ambiente que vive lo puede revelar un personaje secundario, como lo es Arrázola. Aunque la información proviene de manera indirecta es suficientemente completa para reconstruir el tormento de la época.

Si ya hablamos de la realidad histórica, conviene aclarar que en el último año de su vida el Libertador recibió también muchas manifestaciones de solidaridad y cariño. Recordemos la carta de los habitantes de Bogotá del 5 de mayo de 1830, firmada por el Arzobispo Fernando, miembro del Gobierno y personalidades de la capital⁶⁰. También se conocen las cartas enviadas desde Quito, por el Obispo y por los padres de familia⁶¹. Muchos ejemplos de este tipo se encuentran en las publicaciones hechas en Cartagena, por ejemplo en el *Registro Oficial del Magdalena*⁶².

Y, aunque los testimonios de afecto sean escasos en el relato de Mutis, igualmente se encuentran en el texto, por

⁶⁰ Carta *Los habitantes de la capital de la República de Colombia ... recordando sus méritos, con admiración y agradecimiento*, en JOSÉ FÉLIX BLANCO y RAMÓN AZPURÚA, *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1977. tomo XIV, págs. 207-208.

⁶¹ *Ibid.*, respectivamente, págs. 163 y 163-164.

⁶² En el *Registro* ... núms. 160, 163, 172, 178, 183, 184, hay interesantes artículos, editoriales y hasta poesías que reflejan los preparativos para el recibimiento de Bolívar en sus viajes por toda la provincia.

ejemplo, la presencia de sus leales oficiales y entregados soldados durante su estadía en Cartagena o la decisión del coronel Napierski de quedarse en esa ciudad para acompañar a Bolívar. Mas, no cabe ninguna duda de que en *El último rostro* predomina la imagen del Libertador desilusionado, abatido por la ingratitud de los que lo rodeaban y a quienes él, y sobre todo él, brindó la libertad. Así, también, es la idea que circula comúnmente entre los habitantes de los países hispanoamericanos, sobre todo los bolivarianos.

8. EN CONTRA DE LA DECLARACIÓN: *Non est hic*

Es sorprendente que de la literatura colombiana de la época de Bolívar no se conozcan las obras narrativas que hubieran mostrado al Libertador de un modo directo. Si disponemos de su presencia en la poesía (casi siempre panegíricos), la prosa parece declarar: *Non est hic*. Sí: No está aquí. Hubo que esperar más de un siglo, para que aparecieran algunas manifestaciones. Su presencia se explica por la creciente actitud intelectual de la búsqueda de la identidad. Corresponde a la expresión de la inconformidad social, al reclamo de la justicia y a la necesidad de proponer un modelo.

Bolívar se tornó un símbolo de la libertad y de la democracia. Se volvió un punto de referencia en toda actividad social y en cada propuesta política en América Latina. Es cierto que la riqueza de la documentación abruma no sólo al historiador, el escritor también encuentra en ella un obstáculo porque no puede soltar libremente su fantasía y está sometido al rigor de las fechas y los hechos. Un texto literario histórico no puede, sin embargo, limitarse a una relación biográfica, exige mucho más: especialmente, la creatividad de cada visión interpretativa y la estetización de cada evento narrado, siempre alrededor del héroe.

En el siglo xx en la narrativa surgen varios textos sobre Bolívar y el relato de Mutis es uno de los más logrados. El Libertador se perfila como un hombre de carne y hueso y no como un semidiós que no se somete a las reglas comunes

de la gente. La inquietud por las reglas de la marcha de los fenómenos universales, o su falta, se entremezclan con las consideraciones filosóficas sobre el hombre y su participación en el acontecer. La personalidad de Bolívar impone la natural pregunta sobre la influencia del individuo en el curso de la historia. La interpretación ideológica de nuestros tiempos enfatiza la visión de un héroe frustrado y proyecta la imagen de un genio solitario y trágico, sometido a las fuerzas del destino. La concepción del derrotismo se extiende en su plenitud. En las circunstancias socio-políticas actuales, representa, por analogía, los fallidos intentos de los cambios y fortalece la desesperanzadora idea de la no-gobernabilidad de los Estados.

Mutis, en su texto, se da perfecta cuenta de la dificultad de la descripción de Bolívar, pero, sin embargo, decide escogerlo como protagonista de su relato. Cuida mucho el sentido de equilibrio en la representación del Libertador, de cierto modo, como si estuviera de acuerdo con Rodó⁵³. No teme a los peligros que acechan cualquier interpretación, ni la selección de los motivos, aunque tiene en alta consideración los aspectos éticos de sus juicios y opta por la tendencia realista que le permite conservar la cercanía al aspecto de la verosimilitud de la narración y mantener una estrecha relación con la necesidad crítica en las transformaciones de la sociedad actual. Su posición estoica, que se refleja a lo largo de la narración, parece recordar inflexiblemente las palabras del Libertador expresadas en su lecho de muerte:

“COLOMBIANOS: MIS ÚLTIMOS VOTOS SON POR LA FELICIDAD DE LA PATRIA. SI MI MUERTE CONTRIBUYE PARA QUE CESEN LOS PARTIDOS Y SE CONSOLIDE LA UNIÓN YO BAJARÉ TRANQUILO AL SEPULCRO”.

⁵³ JOSÉ ENRIQUE RODÓ, en su libro *Hombres de América*, Barcelona, Editorial Cervantes, 1931, pág. 103, apuntó: “Siempre formaré tan pobre idea del discernimiento histórico de quien se empeñe en presentar a Bolívar inmune de la pasión de mandar, como del grado de comprensión humana de quien le inicie por tal pasión un proceso que tire a empuqueñecerlo o macularle”.

Queda un aspecto insólito para aclarar, pero no podemos definir la respuesta. En las circunstancias del caos político que está creciendo desde hace varios decenios y de la anticuada posición de los partidismos fanáticos, del desengaño social, la violencia en auge, Álvaro Mutis, al escribir *El último rostro*, ¿conservaba aún la esperanza en el romántico llamado de que los intelectuales deben ser guías espirituales de su pueblo?

BOGDAN PIOTROWSKI

Universidad de la Sabana.
Santafé de Bogotá, Colombia.

BIBLIOGRAFÍA

- ARCINIEGAS GERMÁN y otros, *Bolívar de Cartagena a Santa Marta*, Bogotá, Litografía Arco, 1980.
- ARIZMENDI POSADA, OCTAVIO, *¿Es posible una confederación hispano-americana?*, Bogotá, Antares, 1984.
- ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA, *Bolívar. Cartagena 1812 Santa Marta 1830*, Bogotá, Editorial Pluma, 1980.
- BLANCO JOSÉ FÉLIX y AZPURÚA, RAMÓN, *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, Caracas, Ediciones de la Presidencia de la República, 1977, XV vols.
- CACUA PRADA, ANTONIO, *Bolívar, maestro de periodistas*, Santafé de Bogotá, Plaza y Janés Editores, 1999.
- CASTRILLÓN ARBOLEDA, DIEGO, *Tomás Cipriano de Mosquera*, Bogotá, Litografía Arco, 1979.
- GENETTE, GÉRARD, *Seuils*, Paris, Éditions du Seuil, 1987.
- LECUNA, VICENTE, *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*, New York, The Colonial Press Inc., 1956, dos tomos.
- LEPKOWSKI, TADEUSZ, *Simón Bolívar*, Warszawa, Wiedza Powszechna, 1983.
- LIÉVANO AGUIRRE, INDALECIO, *Bolívar*, Medellín, Editorial la Oveja Negra, 1971.
- MARKIEWICZ, HENRYK, *Literatura i historia*, Kraków, Universitas, 1994.
- MOSQUERA, TOMÁS CIPRIANO DE, *Memoria sobre la vida del general Simón Bolívar*, Bogotá, Imprenta Nacional, 1954.

- MUTIS, ÁLVARO, *Obra literaria*, Bogotá, Procultura, 1985, dos tomos.
—, *Tríptico de mar y tierra*, Santafé de Bogotá, Editorial Norma, 1993.
—, *Obra Poética. Poesía*, Santafé de Bogotá, Arango Editores Ltda., 1993.
- PAVEL, THOMAS, *Univers de la fiction*, Paris, Seuil, 1988.
- RICO CALVANO, FLORENTINO y OTROS, *Simón Bolívar. Economista, ideólogo, político y periodista*, Barranquilla, Universidad Simón Bolívar, 1999.
- RODÓ, JOSÉ ENRIQUE, *Hombres de América*, Barcelona, Editorial Cervantes, 1931.
- STEFANOWSKA, ZOFIA y ŚLAWIŃSKI, JANUSZ (red.): *Dzielo literackie jako źródło historyczne (Obra literaria como fuente histórica)*, Warszawa, Czytelnik, 1978.
- WOJCICKA, ZOFIA y URBANSKI, PIOTR (red.), *Kłamstwo w literaturze (Mentira en la literatura)*, Kielce, Wydawnictwo Szumacher, 1996.
- ZUBIRÍA, RAMÓN DE, *Breviario del Libertador*, Medellín, Editorial Bédout, 1983.